

Comentarios y Actividades Arqueológicas

UNA INSCRIPCION PALEOCRISTIANA EN ALMONTE (Huelva)

Hace algunos años se dio en la prensa sevillana la noticia del descubrimiento en Almonte (Huelva) de una "basílica visigoda". A nosotros nos pasó inadvertida la información periodística, y tampoco los interesados en el tema llegaron a tener conocimiento de las excavaciones allí realizadas por aquellas fechas. Han transcurrido desde entonces tan sólo cinco años y ya cuesta trabajo reconstruir, siquiera de memoria, el resultado de aquellas "investigaciones" dirigidas por el párroco de la localidad, dado que actualmente se encuentra destinado en otro lugar de la provincia y olvidado ya de sus preocupaciones arqueológicas. En vista de ello, y de que nuestras averiguaciones sólo podrían llegar a recomponer una escena demasiado incompleta de la expoliación de un interesante yacimiento arqueológico, nos limitaremos a comentar el hallazgo más notable verificado por aquel entonces. Nos consta, sin embargo, que no fue el único, pues hemos tenido ocasión de ver algunos recipientes y cacharros de cerámica en casa de un testigo ocular, al cual correspondieron ciertas "piezas" en el azar de un reparto realizado entre los excavadores.

El objeto de nuestro interés es una inscripción conservada hoy dentro de la iglesia parroquial de Almonte, empotrada en el muro de la derecha a pocos pasos de la puerta (Fig. 1). Es una losa de buen mármol, de 90 por 34 cms. (las dimensiones necesarias para cubrir la tumba de una niña de tres años) y de un grosor que no nos fue posible determinar debido a la forma en que ha sido expuesta. La parte inferior presenta una fractura que deteriora, pero no impide leer, el último renglón del texto. Este, grabado en elegantes letras de cuatro centímetros de altura, es el siguiente:

DOMIGRATIA
 FAMVLA DEI HIC
 REQVIESCIT IN
 PACE DIE NONA
 RVM NOVEMBRI
 VM ANNORVM TRI
 VM ET PLVS MINVS
 MENSES SEX ERA
 DXXXIII

En la parte alta va decorada la lápida por un artístico crismón (uno de los más elegantes que hemos visto en inscripciones de este género), con las características letras alfa y omega de la simbología cristiana primitiva. Arriba, a los lados, dos cruces. Más abajo flanquean el anterior crismón una pareja de palomas dibujadas con gran sencillez y buen gusto, la cabeza vuelta hacia el cielo y el pico terminado en sendos adornos cruciformes. Más abajo, casi apoyadas en la línea del primer renglón, dos cruces diminutas completan la serie de símbolos de la parte alta.

La inscripción perteneció a la sepultura de una niña llamada *Domigratia*, nombre del que no conocemos paralelos a no ser que aceptemos el caso poco probable de una extraña abreviatura de *domina*¹. Por lo demás, las fórmulas empleadas son corrientes en la Bética y permiten encuadrar el epígrafe dentro del grupo bien delimitado de las inscripciones paleocristianas del área occidental de la Península. El nombre va seguido de la expresión *famula Dei*, muy característica de esta región².

Más propio del formulario de la Tarraconense es la expresión *hic requiescit in pace*, que hasta el momento falta por completo en la Bética, donde, bien es verdad, queda aún mucho por hacer en el campo de la epigrafía cristiana.

Es curiosa la forma de poner la fecha en genitivo, al igual que la de Mértola³, que además es solamente veinticinco años anterior a la nuestra y pertenece a la misma área geográfica.

La indicación de la edad (tres años y medio) es muy corriente en la época y en este género de inscripciones, precedida de la imprecisión *plusminus*, que, por tratarse de una niña, se refiere a los meses y no a los años.

Uno de los rasgos más interesantes de este epígrafe es la fecha referida a la Era hispánica. La costumbre de emplear la anterior cronología se extiende rápidamente por toda la península Ibérica desde fines del siglo III⁴, y es lógico que se

¹ Para estas abreviaturas cfr. E. DIEHL, *Inscriptiones Latinae Christianae Veteres*, Berlín 1924-1931, núms. 227, 1482 a, 4714 b, 280, 1618 (1), 4611 y 4121 g.

² J. VIVES, *Inscripciones cristianas de la España romana y visigoda*, Barcelona 1942, pág. 8.

³ VIVES, Op. cit., núm. 486, donde se lee... *die VII iduum Novembrium*.

⁴ A. D'ORS, *La Era Hispánica*, Pamplona, 1962.



Inscripción paleocristiana de Almonte (Huelva).



Plato de "genucilia" de la Facultad de Letras de Sevilla.

emplee en la inscripción de Almonte, ya que entra de lleno en la zona de uso de este cómputo hispánico. Como dato curioso señalemos el hecho de que es la primera vez que el año 495 d. C. aparece en un epígrafe de la Era hispánica, pues abundan menos las inscripciones con este tipo de cómputo fechables en el siglo V, que las correspondientes a centurias posteriores.

En resumen, este documento contribuye al conocimiento de la presencia en la zona baja de Huelva de una comunidad cristiana primitiva, como las conocidas de Niebla y Almonaster la Real, cuyo estudio detenido podría revelarnos un panorama histórico del cristianismo primitivo en la provincia de Huelva, que de momento está muy lejos de ser bien entendido.

J. M. LUZÓN

UN PLATO DE "GENUCILIA" EN SEVILLA

Existe en la pequeña colección arqueológica de la Facultad de Letras de Sevilla una pieza que por su interés queremos dar a conocer para su inclusión en futuros repertorios. Es un plato de la serie etrusca de "genucilia", según la terminología que dio a ellos Beazley¹ a partir del único nombre escrito en la base de uno de ellos. Posteriormente el sistematizador de todos los estilos y pintores ha sido el profesor M. del Chiaro, en un trabajo en el que estudia de manera exhaustiva las piezas conocidas hasta el momento². Este autor distingue dos centros de producción bien diferenciados: Falerii y Caere. Nuestro platillo corresponde al segundo de ellos.

Es un plato poco profundo, con el labio vuelto, y torneado en barro muy fino de color anaranjado claro. Tiene un diámetro de 14'5 cm. y un grosor de 5 mm. Originalmente iría provisto de un pie no muy alto, como todos los de la serie, que se ha partido. La rotura del pie ha sido limada con tanta habilidad que es difícil adivinar que lo tuvo en algún momento. En el interior del plato la decoración consiste en una cabeza femenina vuelta hacia la izquierda, tocada con "sakkos", diadema, pendientes y un collar de puntos. El perfil, así como el tratamiento del ojo y de los adornos, revelan un pulso hábil y un trabajo cuidadoso que difícilmente se observa en los pintores de la serie. (Lám. II).

Tanto los trazos verticales de la diadema, en que se descubre a un artista de Caere, como la estrella del "sakkos", apuntan sin lugar a dudas hacia el "Pintor de Copenhague"³ (M. del Chiaro, *op. cit.* 225 ss.). Este pintor desarrolla la novedad de decorar así el tocado de la cabeza, y se destaca por su calidad entre los que forman grupo con él en el taller caeretano: pintores de Cartago, Louvre, Florencia, Lisboa, etc.

¹ J. D. BEAZLEY, *Etruscan Vase Painting*, p. 175-77 y 303.

² MARIO A. DEL CHIARO, *The Genucilia group: a class of Etruscan red-figured plates*, UCLA 1957.

³ M. DEL CHIARO, *op. cit.*, 255 ss.

La decoración de la cabeza va inscrita, como es costumbre, dentro de una estrella de seis puntas que se doblan graciosamente para dar una sensación de movimiento circular perfectamente logrado.

No conocemos la procedencia de esta pieza, que posiblemente fue adquirida en Italia a fines del siglo pasado. A este respecto el catálogo de la colección no aportó ningún dato de interés. Nosotros pretendemos tan sólo, como hemos dicho más arriba, dar a conocer un platillo de "genucilia", que creemos interesante y hasta el momento permanecía inédito.

J. M. Luzón

EL CASTRO DE MOHIAS (Coaña)

En el año 1967 concebimos la idea de estudiar determinados aspectos biológicos de los hombres de los Castros. Nuestras conclusiones forman ya un pequeño volumen que llevará por título "La vida en la Asturias contemporánea de Cristo", con el subtítulo "Los pobladores de los Castros a la luz de la Biología". Desde nuestro ángulo profesional no podían dejarnos indiferentes las soluciones de aquellos hombres a los problemas de la agrupación, la construcción y orientación de sus viviendas, sus condiciones de habitabilidad, el género de vida, las repercusiones fisiológicas de una alimentación deficitaria, sus maneras de enfermar y su exigua duración vital; tampoco los principios que determinaban la elección de un lugar para fijar un establecimiento. Analizando este pormenor en el Castro de Coaña pensamos que, puesto que el hombre se repite constantemente en sus obras, encontraríamos no lejos de allí un sitio que reprodujera las circunstancias geológicas y estratégicas del emplazamiento. Mohías, en el Concejo de Coaña, en el occidente de la provincia, a 3 kilómetros escasos de Navia, cautivó particularmente nuestra atención. La configuración del terreno, la obra defensiva, el sistema de lo que resultó ser abastecimiento de agua, confirmaron nuestras sospechas por si no fuera suficiente el peso de la leyenda urdido en torno al lugar, el topónimo (Monte del Castro, Arroyo del Castro) y cuatro recipientes de granito, redondos, de 0,70 ms. de diámetro, extraídos de allí en tiempos inmemoriales, que localizamos en las casas vecinas.

El Castro se halla situado en un suave montículo de 30 mts. de altitud, a escasos metros de la costa y a medio kilómetro, aproximadamente, en línea recta, del poblado de Coaña (fig. 1). Tiene una extensión de una hectárea y por su ladera sur, sumamente vulnerable, lo circunda un foso de 4 metros de ancho y unos 3 metros de profundidad (fig. 2).

En la vertiente occidental, atravesando el pequeño arroyo que la rodea, se levanta un acueducto de fábrica muy primitiva (Lám. III y fig. 3) que mide 25 m. de largo y 4,15 m. de altura. Ligeramente inclinado hacia el poblado, en un desnivel de 0,70 metros, tiene una anchura en su base de 2,10 metros estrechándose a medida que asciende para terminar en un canal conductor formado por piezas

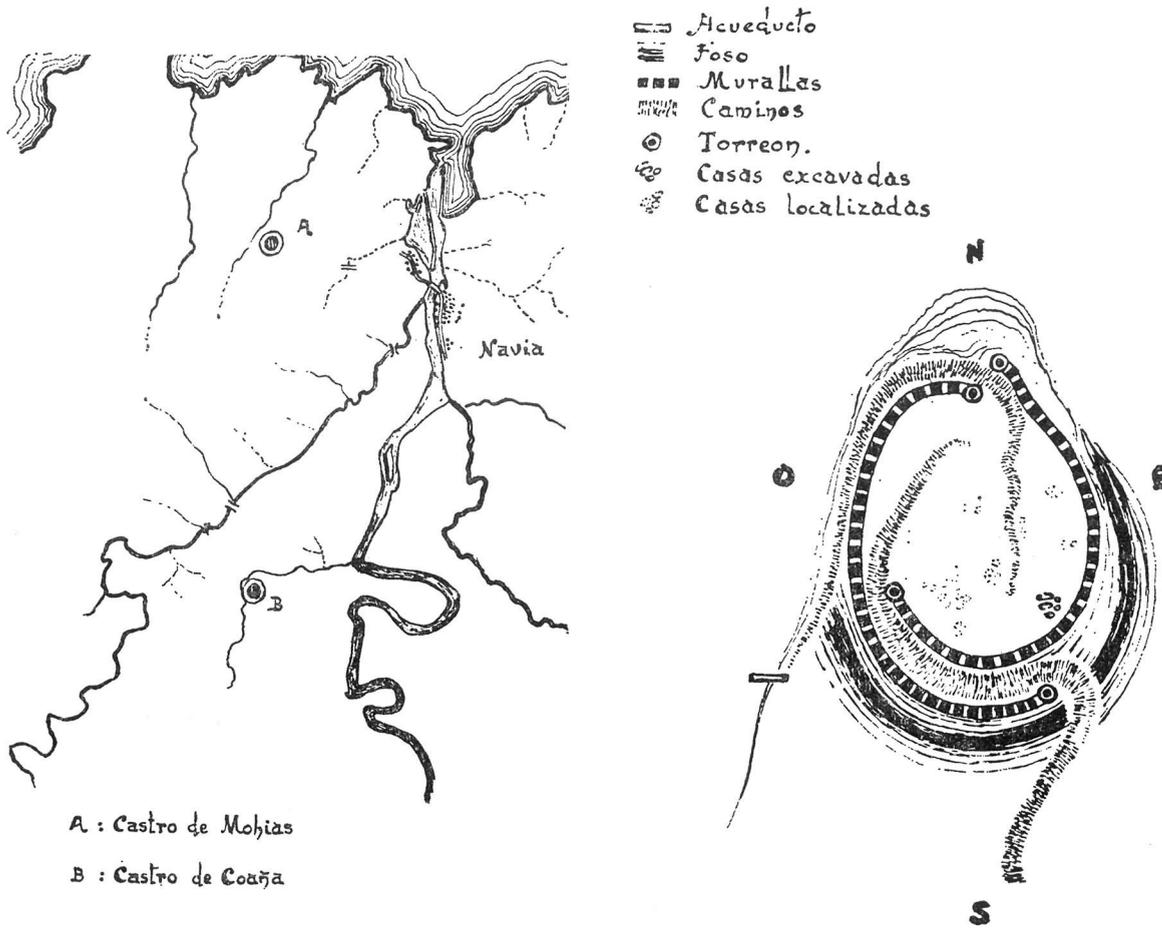


FIG. 1.^a Situación de los castros de Mohías y de Coaña.

FIG. 2.^a Esquema de la planta del Castro de Mohías.



FIG. 3.^a Reconstrucción hipotética del Castro de Mohías.

laterales de pizarra con otras en el fondo, que hacen un hueco útil o caja de 0,40 metros de anchura por 0,20 metros de profundidad. La luz, con 2,40 metros de anchura y alto de 3 metros, se corona con una bóveda en forma de V invertida construida con piedras verticales de pizarra, en hilada, de gran solidez. El arroyo se cortaba en una cota superior a los 30 metros y su cauce se desviaba por una zanja que empalmaba en el extremo occidental del acueducto; con la extremidad oriental empalmaba otra zanja (labrada en la roca viva en algunos tramos reconocidos) que conducía el agua, bordeando la falda occidental del Castro, hasta la parte Norte, perdiéndose su pista en un recodo pizarroso de cierta altura que nos hace evocar el rincón de la pila granítica de Coaña. Aparte la técnica evidentemente arcaica de la construcción, hay una razón funcional que nos hace datar esta obra como contemporánea del poblado. En un trabajo que publicaremos en el próximo número del Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, exponemos nuestros puntos de vista dejando la palabra final a la respetable autoridad de los especialistas. Lo cierto es que el artificio no tiene precedentes en lo que conocemos hasta la fecha de la cultura castreña.

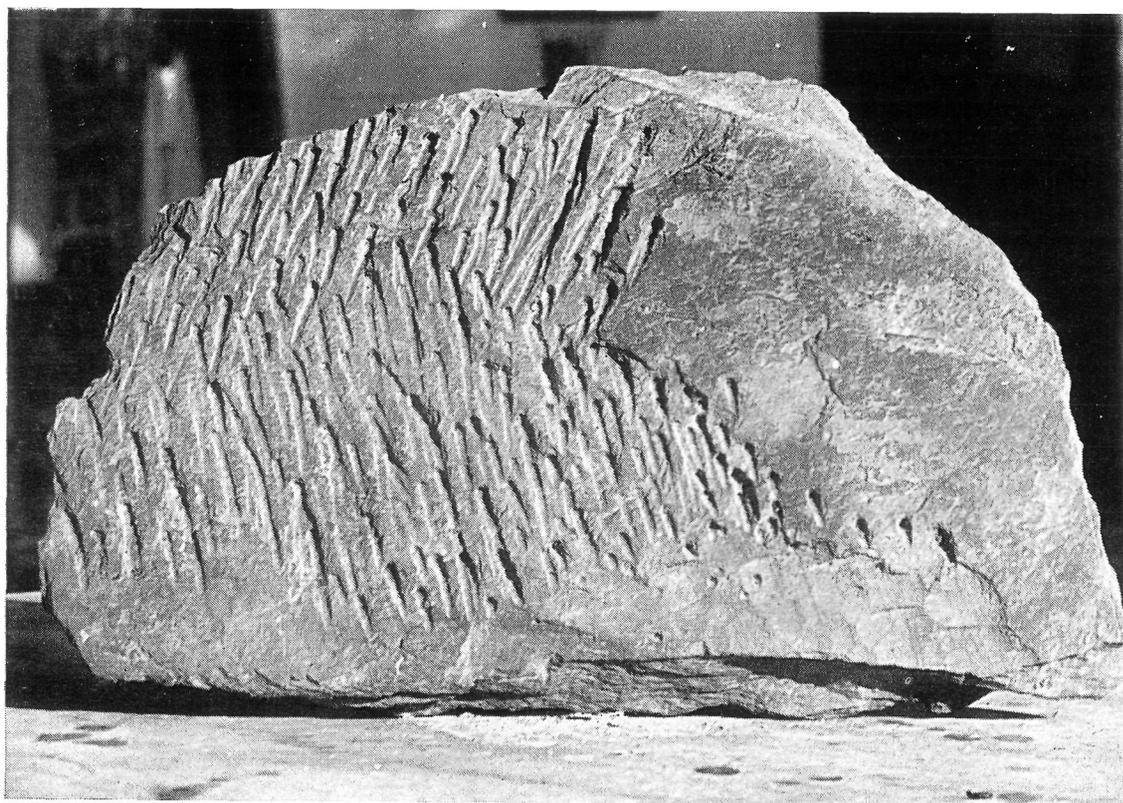
Con estos estudios previos, iniciamos las excavaciones en julio de 1968, asesorados por el profesor Jordá, que nos alentó con su entrañable magisterio y con la reputación de su experiencia. El día 5 de agosto descubrimos con gran emoción la primera vivienda de grandes dimensiones (8 metros por 4 metros), rectangular con las esquinas redondas, delimitada por muro de pizarra de 0,50 metros de anchura, en lajas muy trabajadas y unidas entre sí con barro amasado. Una puerta orientada hacia el Sur de 0,90 metros presenta en el umbral de un hueco cincelado en la piedra para el engaste de un mecanismo rotatorio del cierre. En la pared Este existió también una puerta que seguramente cegaron ulteriormente por algún imperativo de vecindad. Las paredes conservadas miden 1 metro de altura; la piedra desplomada en el interior nos hace suponer que alcanzaron cerca de los 2 metros.

A mediados de agosto habíamos descubierto otras dos viviendas. Una también rectangular, de las mismas medidas que la anterior y separada de ella 0,23 metros, y otra que nos parece ovoidea al Este de la primera (Lám. II, 1).

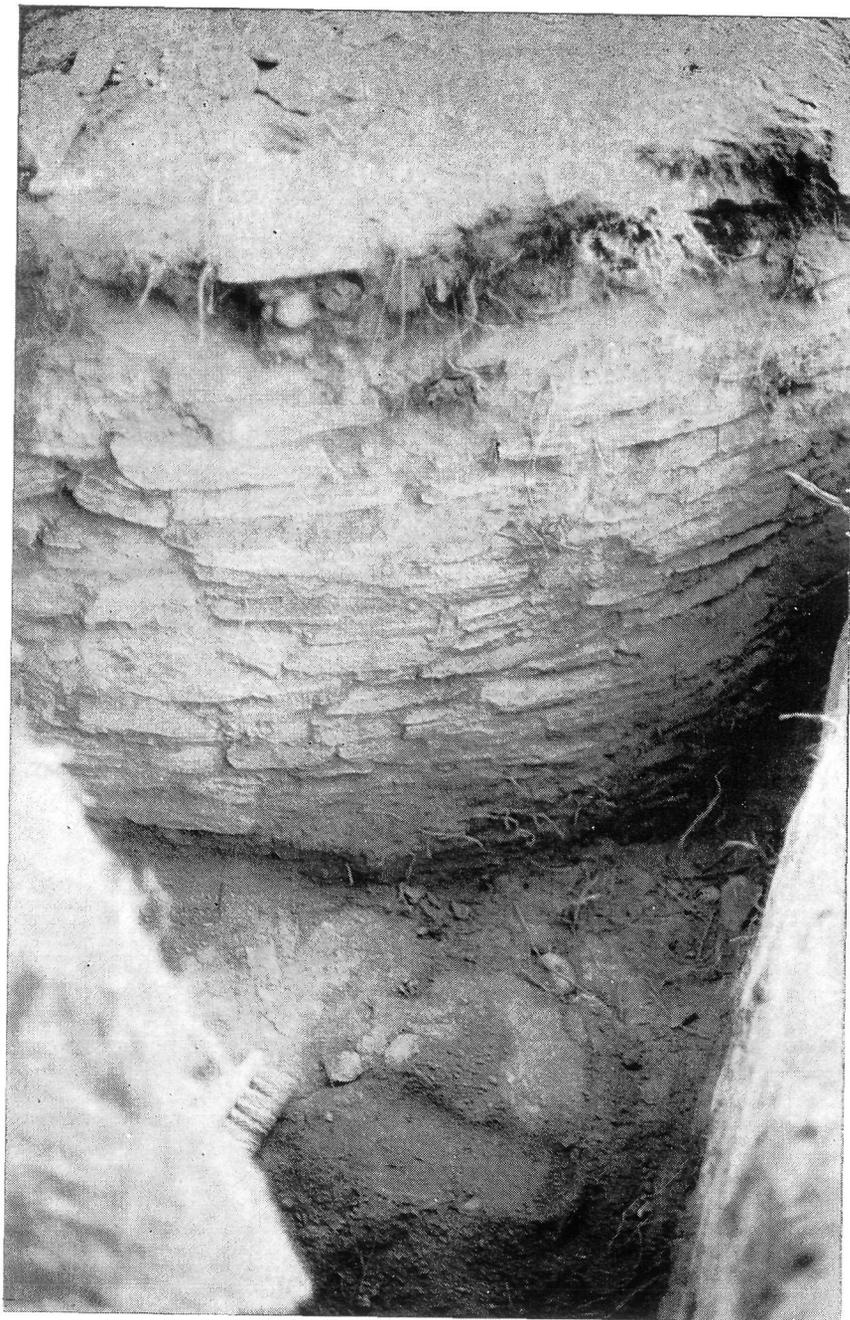
Quedó totalmente excavada la casa en la primera semana de septiembre. Se procedió con gran esmero en todos los trabajos, seleccionando los hallazgos en sus respectivos niveles. El hogar fue perfectamente delimitado y quizás sea la muestra más concluyente que se pueda ofrecer hoy sobre estos dispositivos (Lám. I, 1). Delimitado por piedras verticales de pizarra clavadas en el suelo, está coronado por varias hileras de cantos rodados sumamente calcinados, que hacen el papel de cerco refractorio; en el centro, el hogar propiamente dicho cuyo brasero está fabricado con arcilla roja muy prensada y endurecida. Este hogar tenía adosado un cenicero encuadrado por grandes cantos redondos alargados. En la vecindad aparecieron dos receptáculos similares al hogar, sí que más pequeños, que nos han parecido concebidos para conservación del fuego por las noches al extinguirse la lumbre principal.



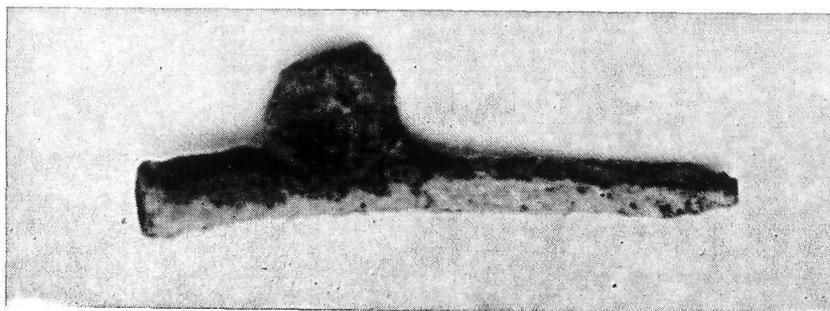
1. *Castro de Mohías. Hogar con lajas de protección.*



2. *Castro de Mohías. Laja de pizarra con huellas de talla con instrumento de hierro (puntero?).*



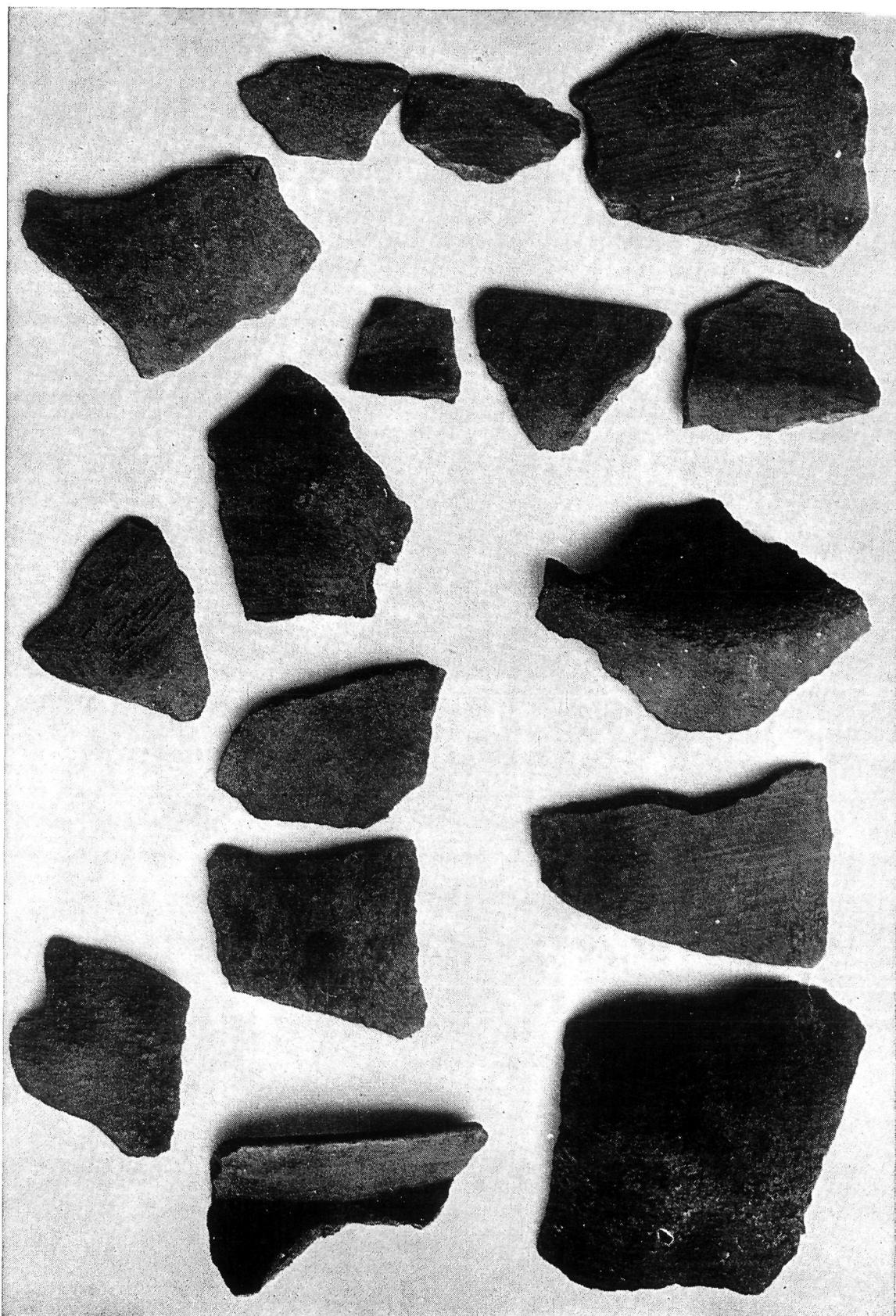
1. Castro de Mohías.
El museo de la casa
descubierta, por su
frente exterior.



2. Castro de Mohías.
Arponcillo (?) de hie-
rro.



Castro de Mohías. Acueducto, cercano al Castro, con falso arco.



Castro de Mohías. Fragmentos de cerámica castreña.

Hemos encontrado innúmeras muestras de cerámica que esperan, debidamente catalogadas, su clasificación (Lám. IV). Muy interesante ha sido el hallazgo de un arponcito de hierro (Lám. II, 2), primer útil pesquero aparecido en los castros regionales. De pequeño tamaño, el estudio radiológico, efectuado por un laboratorio especializado, parece demostrar que no se trata de un producto de fundición en molde y que haya sido laminado el material conformándole después.

Gran cantidad de vegetales carbonizados han sido enviados a E. E. U. U. para su datación por el Carbono 14. Los exámenes esporo-palínicos en los distintos estratos, amablemente verificados por la Dra. Amor, han sido negativos.

El último hallazgo en la vivienda N. 1 ha sido una piedra tallada de pizarra (Lám. I, 2) en la que pretendemos ver una figura zoomorfa que pudiera corresponder a un cordero recostado.

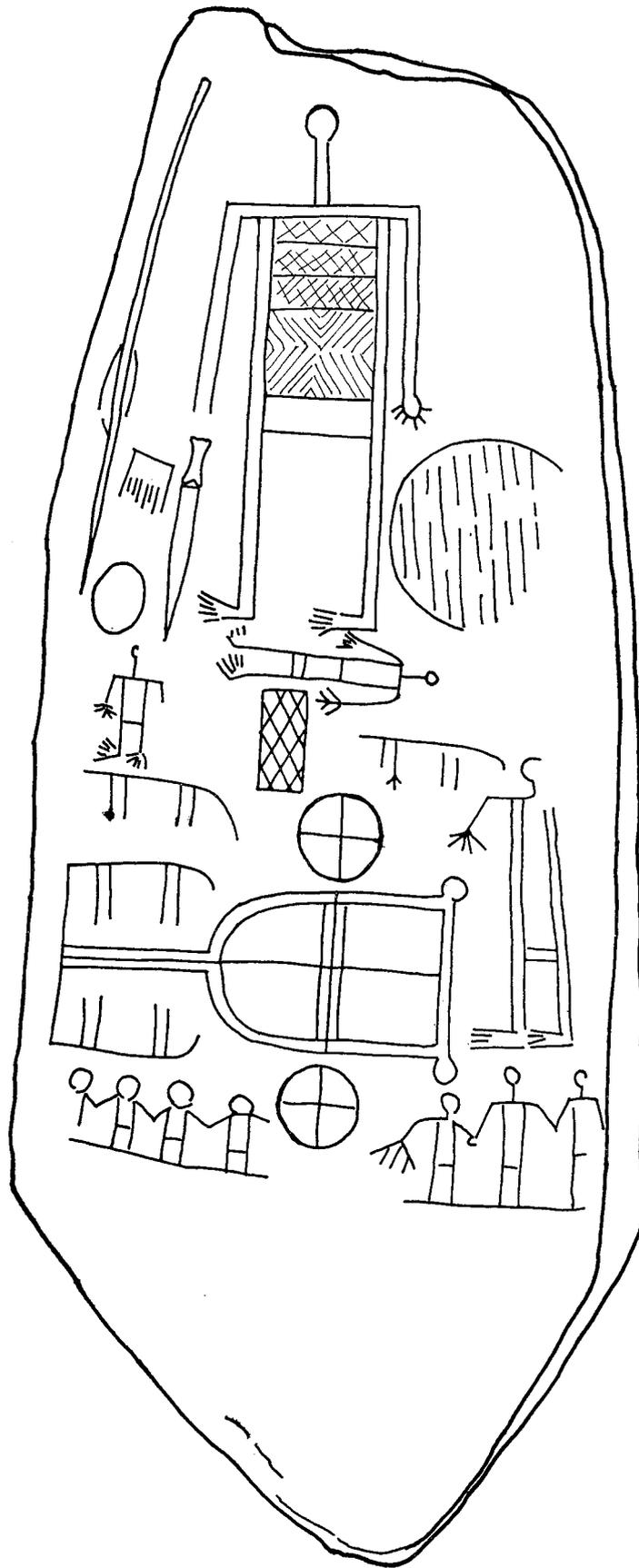
Como resumen de esta breve nota diremos que el Castro que hemos descubierto en Mohias merece ser preferentemente atendido. Se trata de un Castro virgen cuya excavación sistemática va a despejar, a buen seguro, muchos enigmas de nuestra protohistoria. Se trata de un yacimiento muy superficial de afloramiento. Y construiría, por fin, el eslabón de una cadena de estaciones ya descubiertas que jalonarían una ruta arqueológica de excepcional interés en beneficio de la promoción cultural y turística de la zona.

JESÚS MARTÍNEZ FERNÁNDEZ Y
J. MANUEL JUNCEDA AVELLO

UNA NUEVA ESTELA GRABADA JUNTO A LAS MURALLAS IBERICAS DE ATEGUA EN LA PROVINCIA DE CORDOBA

El riquísimo valle del afluente del Guadalquivir, Salsum o Guadajoz, no ha terminado ni de dar cosechas óptimas ni tampoco de ofrecernos restos de civilizaciones que apetecieron aquellos campos en todas las épocas. Habitat romano intensísimo, con población rural superando a la actual, presenta también interesantísimos yacimientos que se van perfilando anteriores al pleno ibérico y que corresponden a la primera mitad del primer milenio antes de la Era. En nuestra labor de investigación tropezamos primero con los grandes recintos ciclópeos¹, que no por espectaculares nos hicieron pensar en una fecha temprana sino correspondiente ya a un desarrollo político con influencias greco-púnicas. Pero las excavaciones de Ategua que Blanco Freijeiro dirigió y a las que asistimos, nos hicieron descubrir, por proximidad, una facies anterior en un cabezo cercano a la población sitiada por César, paralela a nuestros descubrimientos de cerámicas del Bronce final en Aguilar y a los que publicamos de la primera excavación de la Colina de Los Que-

¹ J. BERNIER, F. J. FORTEA: *Recintos ibéricos fortificados en la Bética*. De próxima aparición en Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Salamanca.





mados, junto al Guadalquivir en la misma colonia patricia². Los cortes de Ategua revelaron con los nombrados una secuencia desde el siglo X a J. C. hasta la romanización. Las colonias agrícolas en los cabezos, a los que hay que añadir ciudades que continuaron después del siglo V como Castro del Río, Castro Viejo y Torre Morana, revelan una civilización agrícola con cerámicas tartésicas, parejas exactamente, desde Córdoba a Sevilla y Cádiz y aún hasta el habitat onubense, según las investigaciones de Luzón.

En los niveles más modernos correspondientes al siglo VII y posteriores, la rusticidad de la cerámica parece debida a infiltraciones célticas, coincidentes con influjos púnicos fechados del VIII al VI. Los profesores Blanco, Luzón y Mata, en el Simposio de Jerez, y en sus magníficas excavaciones, seguidas de visu por nosotros, ponen de relieve el posible fenómeno pacífico de la introducción de una casta militar más fuerte y más basta que la autóctona por esa época³. Esta interrogante queda aún más abierta, después que nuestras investigaciones descubrieron la estela que damos a conocer.

La ciudad de Ategua, yacimiento de categoría internacional y cuyo asedio por César le pone al mismo nivel que Avaricum, Alesia y otros de fama mundial, está todavía en pie y sin excavar. Imponentes torres y murallas aquí y en los pueblos vecinos de Ucubis, Spalis, Iponuba, desaparecidos unos, y otros modernizados. La ciudad que debió tener en el siglo del asedio más de 7.000 habitantes y después llega a 15.000, con sus 45 Has. y triple recinto amurallado, está al N. del Guadajoz, a unos 2 kilómetros y debió estar aún más cerca en tiempos antiguos. Al S. de las murallas que miran el río, a unos 500 m. de ellas, en una suave, loma un tractor tropezó, en su tarea de arado, con una gran piedra de cerca de 2 m. de larga y 0,60×0,40, que para seguir su labor agrícola, dado su gran peso, se la llevó arrastrando hasta cerca del asiento del cortijo. Sólo al revolverla los obreros se dieron cuenta de los rasgos grabados en ella que por suciedad apenas estaban claros. Desde un principio al llamarme el propietario sospeché, por los datos que daba, que se trataba de una estela como la de Solana de Cabañas. Pero al examinarla junto con el profesor Luzón Nogué, nos convencimos de haber encontrado la más hermosa y completa de las estelas peninsulares.

La estela de estilo "mehir", para ser cavada en el suelo como las de S. Martinho en Castello Blanco o la de Abela en Santiago de Cáceres, presenta dentro de su estilizado trazo la forma compositiva más solemne y adecuada al fin de homenaje sepulcral al personaje para quien fue hecha. La forma hierática y escultural del guerrero llama la atención porque por primera vez encontramos la forma del cuerpo no reducida a una pura línea, sino estructurada en su complejidad total, vestida, con los arreos y adornos de su propio traje en forma simple, pero expresiva, en su visión geométrica. Si analizamos la disposición total y el espacio reservado para el personaje

² J. BERNIER, F. J. FORTEA: *Niveles Arqueológicos del valle del Guadalquivir*. Boletín de la Real Academia de Córdoba, n.º 85, pp. 197-206.

³ Idea expuesta en el Simposio de Jerez en la ponencia de Blanco, Luzón y Mata de la que poseemos el resumen.

y elementos acompañantes, vemos inmediatamente cómo se ha jerarquizado el espacio y el difunto ocupa la mayor parte de él, marcando la idea de autoridad y dominio sobre los elementos guerreros y los personajes que le acompañan. Por primera vez en España se consigue esa línea escultórica de los sepulcros yacentes, que catorce o quince siglos después llenará nuestras catedrales, no con retratos de los señores, sino con la quieta simbología de su poder, de su carácter, con el retrato eterno de su época más que de su persona. Así la estela de Ategua aparece precisamente donde un guerrero, éste universal y célebre —César—, quizás pisó sobre el sepulcro de este otro guerrero desconocido que vivió en Ategua seis siglos antes. La simbología que la piedra expresa, marca realmente que los siglos transcurridos entre uno y otro, siglos históricamente casi desconocidos, estuvieron llenos de acontecimientos en los que esta región tuvo un papel preponderante.

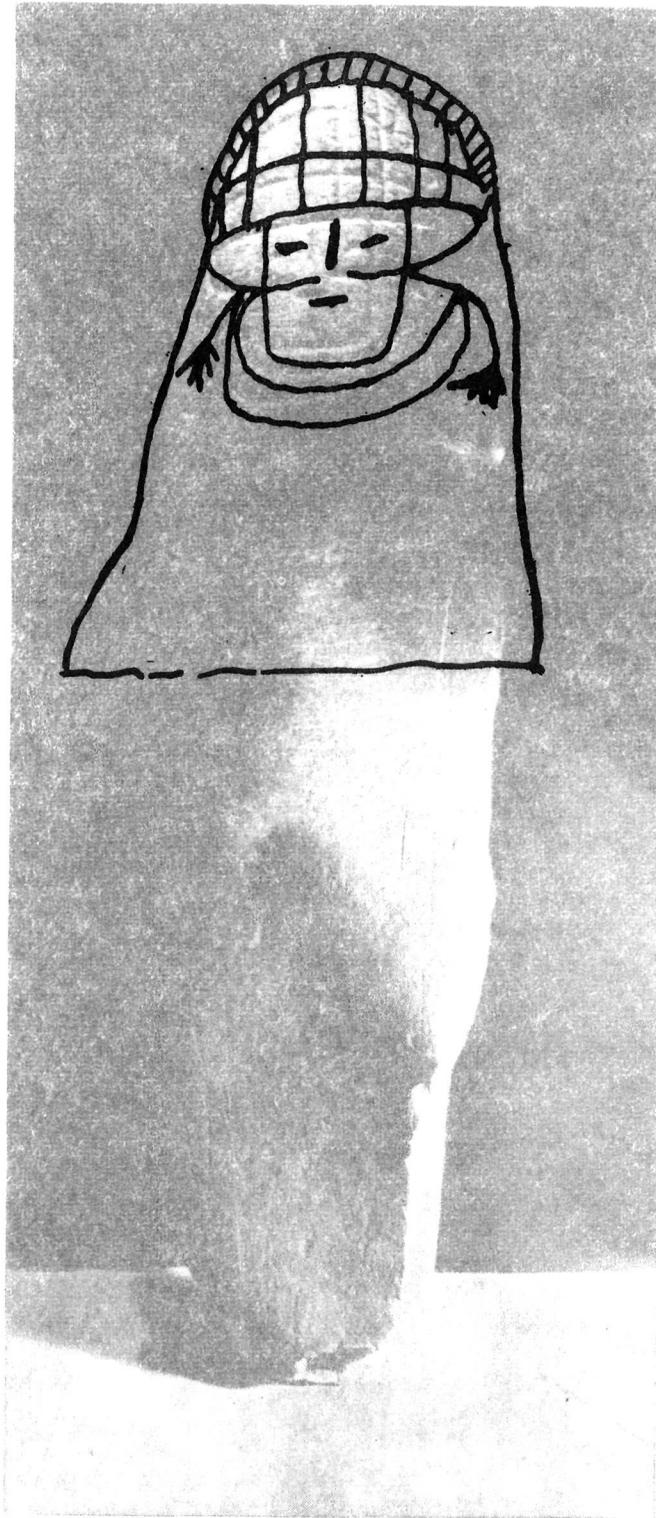
El análisis tipológico de los elementos de la estela, en cuanto que es común a muchas de las conocidas⁴ y además se encuentra dado en el dibujo y en la fotografía, no es esencial en esta aportación de una pieza fundamental a la arqueología española. Sí lo es el decir que es vano quejarse de las lagunas en el conocimiento del I milenio, cuando sólo en Córdoba más de cien yacimientos llenos de cerámicas y de restos están sin estudiar. Ciudades enteras, algunas con sus muros intactos, fortificaciones, castros serranos, reconocidos por nosotros, presentan habitat continuo desde principios del milenio hasta su fin. En las mismas cercanías de Ategua, los "cabezos" o "tells" de la campiña están cuajados de cerámicas de los siglos VII y VI.

Indudablemente un hecho tan claro como el revelado por las fuentes históricas, la diferenciación entre los habitantes del valle del Guadalquivir y los alrededores de la Meseta que llega casi hasta el mismo río —la Sierra—, se ve confirmado por las exploraciones arqueológicas. La Beturia bética, prolongación lusitana, es una cuña de ataque de los pueblos más pobres y más guerreros contra los más ricos y numerosos del valle. Por las fuentes históricas vemos cómo atacan a éstos incluso cuando los dos grandes poderes colonizadores son ya una garantía y una protección de estos pueblos más pacíficos. Hemos de figurarnos que una penetración, no de masa sino de dominio, un poder minoritario —el de siempre, el de los visigodos después o el de los árabes— se encalló y se diluyó en la masa de túrdulos y turdetanos, sin cambiar apenas sus formas culturales.

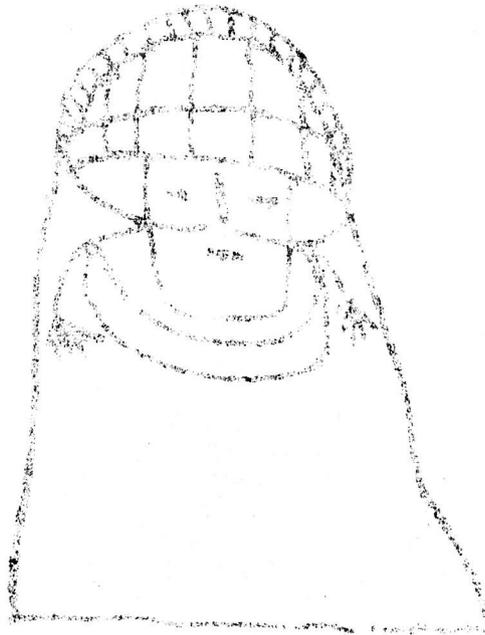
La estela de Ategua nos plantea estos problemas, cuyas hipótesis sobre los pueblos citados en las más antiguas fuentes, como por ejemplo el Periplo de Avieno, son estimables pero necesitan una investigación hoy sin hacer no sólo donde se han encontrado la serie total de estelas en España y Portugal, sino principalmente en Andalucía donde el primer milenio está empezándose a estudiar sobre el terreno. Los resultados espléndidos que conocemos en la provincia de Córdoba y la inmensa cantidad de datos que pueden obtenerse en futuras excavaciones, nos dicen sencii-

⁴ ALMAGRO, M.: *Las estelas grabadas del Suroeste peninsular*. Biblioteca Prehistórica Hispana. Volumen VIII. Madrid 1966. Completo y preciso volumen en el que se estudia exhaustivamente el problema.

DÍEZ LUENGO, E.: *Nuevas aportaciones al problema de las estelas extremeñas*. Zephyrus XV. Salamanca 1964, pp. 125-131.









llamente que no sabemos más por pereza. ¡Ojalá esta estela haga revivir con su santuario y solemne simbolismo páginas nuevas que adivinamos en la tierra andaluza!

J. BERNIER

ESTELA ANTROPOMORFICA EXISTENTE EN EL INSTITUTO NACIONAL DE ENSEÑANZA MEDIA DE CIUDAD RODRIGO.

La estela de que damos noticia fue hallada por el que suscribe en un castro abandonado y muy destruido situado en el término de Zamorra, Partido de Ciudad-Rodrigo, denominado "Lerilla".

Ello ocurrió en la primavera de 1965. En el mes de diciembre de 1967 fue trasladada al Instituto Nacional de Enseñanza Media de Ciudad-Rodrigo por D. Vicente Sos Baynat, Catedrático de Ciencias Naturales, y por el que suscribe, permaneciendo desde entonces en la Biblioteca de dicho Centro.

Puede considerarse una estela más de la serie estudiada por el profesor Almagro en la zona de Extremadura¹ y probablemente tiene características semejantes a muchos esquematismos pictóricos del neolítico.

Se trata de un bloque de pizarra, redondeado por la erosión y que mide 110 cm. de largo. Tiene cierta forma redondeada con 27 cm. de círculo a la altura de lo que parecen ser ojos; mide 39 cm. de perímetro en la línea del cinturón que rodea por entero la piedra. La distancia desde la curva inferior de la cara hasta la curva superior de la que parten estrías es de 25 cm. y la distancia desde el cinturón a dicha línea de estrías es de 40 cm.

En la parte superior hay un esquematismo que tanto puede ser el pelo como una diadema. Son 21 estrías en total.

Las manos están insinuadas a ambos lados de la cara y se cuentan perfectamente los cinco dedos pero no rebasan en longitud la última curva inferior de la barbilla. Los ojos, la nariz y la boca son simples ranuras tal y como se aprecia en la foto o en el grabado.

Las incisiones son firmes aunque no demasiado profundas y las líneas verticales sobre la frente son paralelas en número de 6. En conjunto la estela está bien conservada.

ELOY RADA GARCÍA

¹ M. ALMAGRO: *Las estelas grabadas del Suroeste peninsular*. Madrid 1966.

SOBRE UN FRAGMENTO DE HUMERO DE ELEFANTE ENCONTRADO EN CIUDAD RODRIGO (*Salamanca*)

El dato general. En el Archivo y Museo de la Catedral de Ciudad Rodrigo existe una pieza ósea gigantesca, suelta, de un indiscutible interés local y general. Se trata de un hueso fosilizado de una extremidad esquelética de mamífero, pedazo de una unidad anatómica que era más grande. Tiene unos 20 a 25 centímetros de espesor, en la parte más voluminosa, y alcanza unos 44 a 46 centímetros en su longitud mayor.

El estado del fósil es deplorable; la pieza apenas si deja adivinar la conformación anatómica que le corresponde. En conjunto tiene un aspecto piriforme o mazudo, muy abultado y redondeado por una parte, cilindroideo, alargado y astillado por la otra. En su contorno existen superficies lisas propias de los huesos y además partes rugosas correspondientes a pequeñas tuberosidades, canales, inserciones de ligamentos y músculos. Existen aristas cortantes y planos escamosos producidos por roturas.

La pieza anatómica. Este ejemplar debidamente orientado, y observado en sus detalles morfológicos, delata, en seguida, que se trata de la cabeza de extremidad distal de un húmero derecho. (Fig. 1). La parte inferior abultada corresponde a la región de la tróclea y epitróclea (Fig. 1 a, b), *extremitas distalis*. La porción superior, alargada por rotura, corresponde a la parte longitudinal del húmero, a la diáfasis humeral, en su sector terminal, *corpus*, (Fig. 1, c). La masa abultada pertenece a la mitad interna de la cabeza distal habiendo desaparecido el resto del hueso portador de la región epicondiloidea.

Las dificultades de estudio de este ejemplar son considerables dado que la morfología disponible es muy incompleta y las numerosas mutilaciones producidas no permiten obtener medidas concretas con valores decisivos en la identificación de la pieza esquelética.

La descripción del hueso. El análisis anatómico descriptivo nos permite registrar los siguientes datos:

Fig. 2. Cabeza inferior del húmero derecho, porción distal vista de perfil por la parte interior. Región de la epitróclea. En *a* curvatura correspondiente a la fosa coronoidea. En *b* perfil del borde de la cresta condiliana interna, intacta en la parte superior, rota y desaparecida en la parte inferior.

En la parte inferior, en *c* este hueso lleva un aglomerado natural de gravilla fuertemente adherido, sobre el que se insistirá más adelante.

Esta figura 2 es un calco de la figura *a* de la Lám. I.

Fig. 3. La misma pieza de húmero visto por la cara posterior de frente, formada únicamente, por la mitad izquierda del hueso; la mitad derecha no existe por rotura. En *a* cresta condiliana interna que desciende inclinada, interrumpida, por rotura, al llegar al nivel de la epitróclea. Todo el borde terminal ha desaparecido. En *b* curvatura y superficie articular de la tróclea, mutilada en las dos partes laterales limitantes. En *c* fosa general olecraniana y la superficie lisa correspondiente

limitada por la cresta condiliana izquierda *a* y el borde de la arista de rotura *d*. Falta totalmente la cresta condiliana externa y toda la región epicondílea.

Fig. 4. La misma pieza de húmero vista por la superficie de rotura. En *a* curvatura total y superficie articular de la tróclea humeral. En *b* perfil de la cresta condiliana interna, con la porción terminal mutilada. En *c* fosa olecraniana. En *d* cavidad correspondiente a la fosa coronoidea. En *e*, *e'* superficie de rotura partiendo la extremidad del húmero por el tabique de unión de la región de la epitroclea (que se halla en la figura) con la región epicondiloidea, que no existe, y, a la vez, es pared de separación de la fosa olecraniana *c* de la fosa coronoidea *d*.

Esta *fig. 4* se corresponde con la *fig. 2* vista por la cara opuesta y paralela, además, es un calco de la figura *b* de la Lám. I.

Fig. 5. La misma pieza humeral vista por la cara anterior, posición totalmente opuesta y paralela a la figura 3. Esta *fig.* corresponde a la porción interna del húmero. En *a* superficie articular correspondiente a la tróclea humeral; en *b* borde y perfil correspondiente a la región de la epitroclea; en *c* superficie y mitad de la cavidad coronoidea; en *e*, *e'* aristas y superficie de rotura por donde se ha separado la región de la epitroclea (la de la figura) de la región epicondiloidea desaparecida.

Deducción de magnitudes. Por lo que acabamos de describir del estado del hueso se aprecia que no hay posibilidades de tomar medidas directas, no existen partes conjuntas enteras con magnitudes intactas que permitan hacer mediciones y establecer comparaciones con otros restos fosilíferos conocidos. A pesar de lo dicho, ante la importancia de tener una idea aproximada de las proporciones que debió tener el hueso primitivo intentamos poner en juego un artilugio relativamente aceptable.

Tomamos como referencia un dibujo de húmero de *Elefante africano* 1/5 del tamaño natural, hecho por E. Hue *fig. 1*. Sobre este dibujo se ha manchado en negro la parte, que, aproximadamente, le corresponde a nuestro fósil, según las fotos adjuntas y los dibujos. Hecho esto hemos medido la longitud mayor de la porción manchada que es, aproximadamente, de unos 6 centímetros, y se ha medido, igualmente, el largo total del húmero dibujado que da aproximadamente unos 14 centímetros. Estas dos medidas referidas a un dibujo que está a un tamaño 1/5 del natural, las multiplicamos por 5 y nos darán la longitud real del húmero dibujado, que son las siguientes:

Longitud total del húmero..... 70 centímetros.

Longitud de la porción manchada 30 centímetros.

La longitud que corresponde a la pieza fósil es, como ya sabemos, de 45 centímetros.

Con todos estos datos podemos establecer las siguientes relaciones:

$$\frac{70}{30} : \frac{x}{45}, \frac{70 \times 45}{30} = 10'50 \text{ o sea la longitud probable del húmero fósil.}$$

Este resultado, puramente convencional en el modo de obtenerlo, está en perfecta

concordancia con la corpulencia y alturas de los cuerpos del grupo de los proboscídeos. El *E. antiquus* tenía una altura de 4'50 m.; el *E. primigenius*, el Mamut era de mayor tamaño que los elefantes actuales.

La determinación taxonómica. La clasificación de este hueso no es fácil, la determinación *específica* y *genérica* ha de resultar, necesariamente, eventual puesto que en el momento que nos disponemos a intentarlo no disponemos ni de una bibliografía adecuada ni de material óseo comparativo que sólo existe en los grandes centros de investigación. En principio admitimos que nuestro fósil pertenece a un esqueleto de elefante en atención, principalmente, al tamaño, y a las semejanzas morfológicas que guarda con el húmero de aquellos animales. La determinación es imprecisa y sin posibilidades de afinar más.

Consideraciones sobre el fósil y su medio ambiente local. Las características generales referidas y el grado de fosilización hacen suponer que se trata de un resto de fauna Cuaternaria. El tamaño de la pieza en consonancia con los esqueletos de muchos mamíferos que vivieron en este período y si nuestra pieza la consideramos de elefante es, además de las razones propias, porque en este hueso no se han observado detalles especiales que hagan pensar en otros mamíferos distintos, de gran tamaño, como los *Rhinoceros*, *Ursus*, etc.

No sabemos si en algún estudio referido al Cuaternario de Salamanca se han hecho indicaciones de hallazgos de restos de elefantes (estaciones prehistóricas, yacimientos paleontológicos, etc.) sin embargo, por nuestra parte, creemos que es perfectamente legítimo pensar en la existencia de una fauna cuaternaria bien desarrollada de tipo comarcal y local acoplada a un hábitat reinante perfectamente adecuado.

Desde el punto de vista geológico general el Cuaternario de Ciudad Rodrigo tiene características bien definidas referidas a la estratigrafía, a la morfología y a la climatología de dicha edad.

Con respecto a la estratigrafía se deben tener en cuenta los terrenos de gravillas y de arcillas, de colores rojos encendidos, de edad cuaternaria, que coronan y recubren determinados sectores sedimentarios de los niveles terciarios de la gran plataforma salmantina y de las inmediaciones de Ciudad Rodrigo. Estos terrenos rojos son formaciones continentales que consideramos de los comienzos del Cuaternario inferior, del período Villafranquiense, período cálido.

Con respecto a la morfología se deben tener en cuenta las terrazas de los ríos de la comarca y muy principalmente las referentes al río Agueda, fáciles de reconocer, en disposición escalonada, con tres niveles principales, bajas, medias y altas, formadas por gravas, gravillas, limos, etc.

Finalmente, con respecto a la Climatología de Ciudad Rodrigo durante la era Cuaternaria bastará recordar la íntima relación que guardan los parajes de su comarca con todo el relieve montañoso que se extiende al sur. Estas montañas durante las glaciaciones contribuyeron directamente a producir un ambiente frío y crudo, al que se acoplaron floras y faunas adecuadas.

Se desconoce el lugar exacto donde fue encontrado este fósil. En el archivo de la catedral no consta quién lo recogió, quien lo donó al Cabildo, ni en qué lugar

geográfico fue encontrado. La falta de este dato nos impide relacionar la pieza con el nivel geológico que la contenía. Pudo haberse encontrado sobre las tierras rojas del Villafranquiense, lo que no parece probable porque el fósil no está teñido de rojo. Pudo haber sido encontrado sobre un nivel de terrazas del río Agueda o de sus afluentes, como ocurrió con ciertos restos de elefantes enterrados en las arenas de las terrazas del Manzanares en Madrid.

En relación con esta última posibilidad recuérdese que al hacer la descripción del hueso se ha indicado que, sobre la cara de la epitroclea, lleva fuertemente adherida, una breve capa de aglomerado brechoide, una gravilla de cantos poco rodados, (Fig. 2, c y Lám. I, a) aglomerado que parece íntimamente ligado a los materiales que forman ciertas terrazas del Agueda.

Es posible que este húmero, junto con más restos esqueléticos, fue arrastrado por las aguas y transportado desde el lugar primitivo de deposición hasta el lugar donde se le encontró, seguramente no muy distante de la ciudad. Decimos esto porque dado el poco interés que suscita un ejemplar de esta naturaleza y por otra parte lo incómodo de su manejo por su volumen y peso, el traslado a la catedral debió ser desde paraje muy inmediato.

Repetiremos que el desconocimiento de los terrenos de procedencia dificultan la posibilidad de señalar la posición stratigráfica y el nivel cronológico dentro del Cuaternario.

Conjeturas sobre la especie de elefante. Por lo que se lleva expuesto ya sabemos los obstáculos para una determinación directa, por este motivo ya sólo cabe conformarse con hacer algunas breves conjeturas más o menos admisibles.

Para nuestras latitudes europeas y peninsulares los elefantes empezaron en el Plioceno con el *E. planifrons*, el *E. meridionalis*, Nesti, muy representativo, y el *E. antiquus* Falc. Los dos últimos, en particular, pasaron del Plioceno al Cuaternario inferior, al Villafranquiense, con clima cálido.

En el Villafranquiense, al final, apareció otro elefante de gran interés el *E. trogontherii*, notable porque más tarde es el elefante que dio lugar al *Elephas primigenius* Blum., el Mamut, elefante lanudo.

Pasado el Villafranquiense se inició la gran etapa glacial, con sus oscilaciones o intermitencias periódicas, en la que, durante las glaciaciones, períodos fríos sólo se reconoce la presencia del *E. primigenius*, en tanto que en las interglaciaciones, períodos templados, merodearon el *E. Antiquus* Falc. y el *E. meridionalis* Nesti.

Lo que se expone son en sí nuevas dificultades para obtener una clasificación certera; por el ejemplar que poseemos no podemos deducir si se trata de un elefante de fauna fría o de fauna templada, no podemos saber si se trata del *primigenius*, del *antiquus*, del *meridionalis*, o de ninguno de estos.

Por los datos que poseemos no podemos deducir si el ejemplar que estudiamos pertenece a un elefante de fauna fría o de fauna templada, si se trata del *E. primigenius*, del *antiquus* del *meridionalis*, etc. Sin embargo, aun dentro de estas dificultades, cabe pensar en las dos especies últimas puesto que en las submesetas del Duero y del Tajo, en ambas, se han encontrado ejemplares de estas especies en los aluviones del Plioceno y del Cuaternario.

Importancia del hallazgo. A pesar de la serie ininterrumpida de dificultades negativas que hemos venido considerando el resto de húmero que nos ocupa tiene un indiscutible interés paleontológico desde el punto de vista local, para Ciudad Rodrigo y para la provincia de Salamanca. Lo tiene también porque este hallazgo ensancha considerablemente el área de dispersión de los elefantes en España durante la era Cuaternaria.

Agradecimiento. Al poner punto final a esta nota hemos de hacer público testimonio de agradecimiento a mis distinguidos amigos Don Máximo Martín, Canónigo y Archivero de la Catedral y Profesor Adjunto del Instituto de Enseñanza Media de Ciudad Rodrigo, a quien soy deudor de la noticia de la existencia del fósil y quien en todo momento me dio toda clase de felicidades para el estudio del mismo.

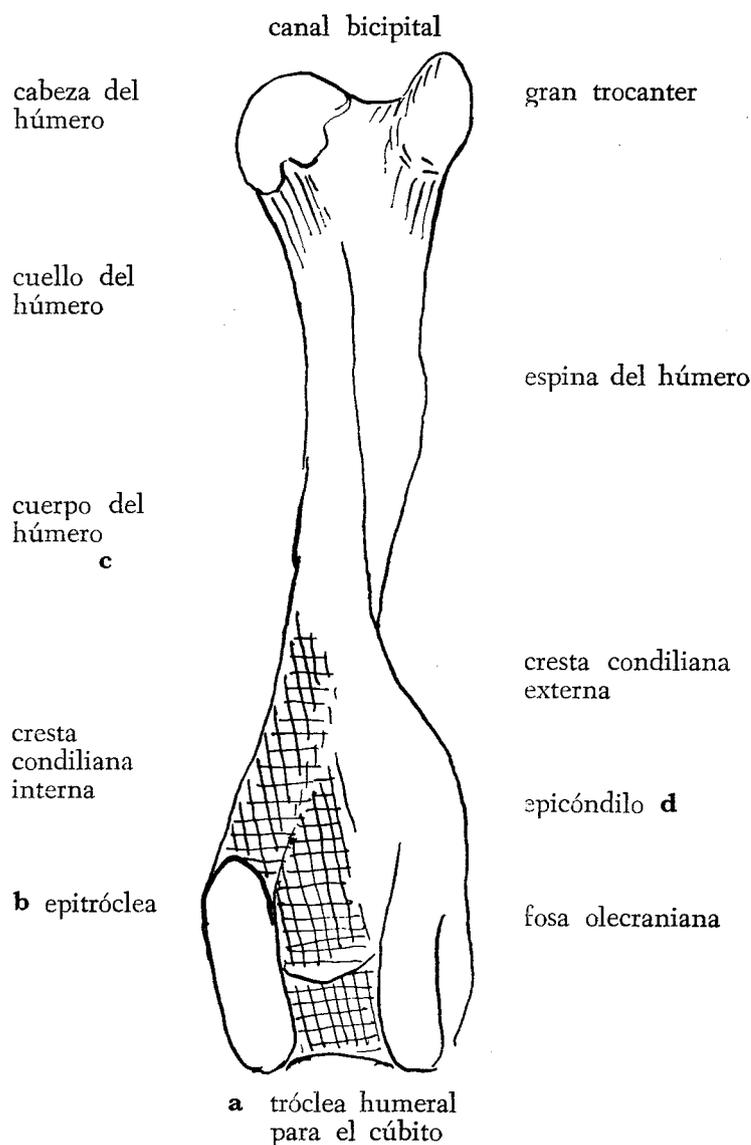
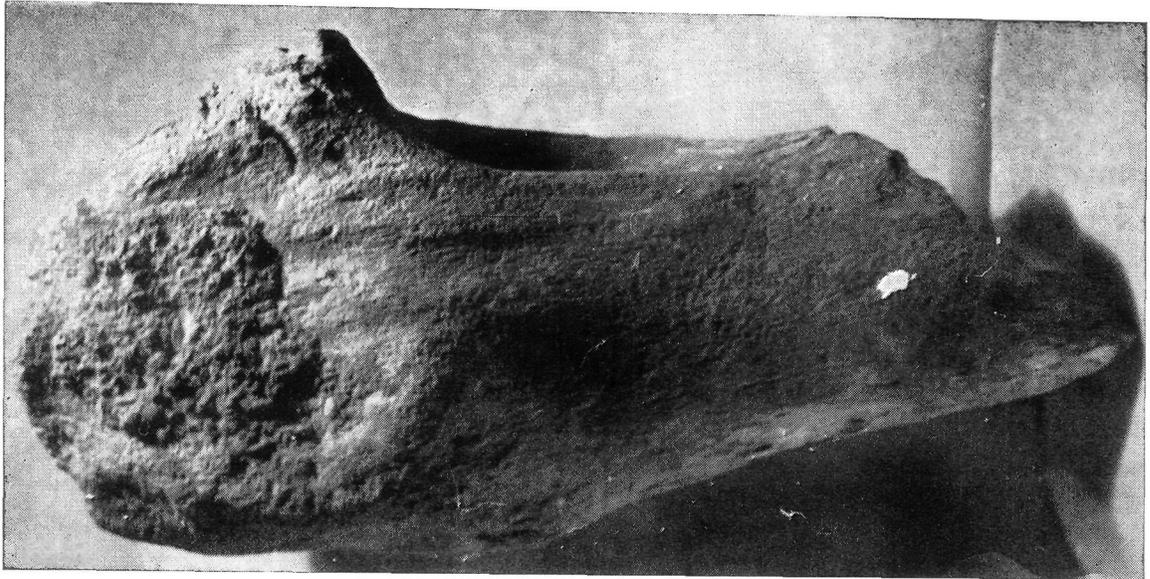
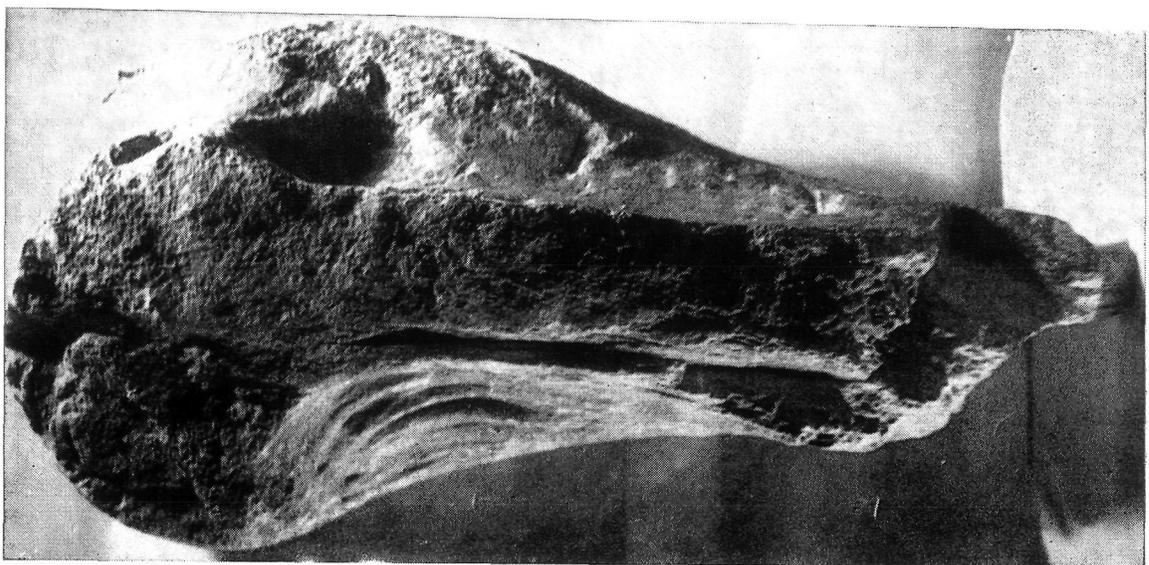


FIG. 1. *Húmero derecho*



a) *Cara de la epitróclea en aglomerado brechoide.*



b) *Húmero visto por la superficie de rotura*



FIG. 2

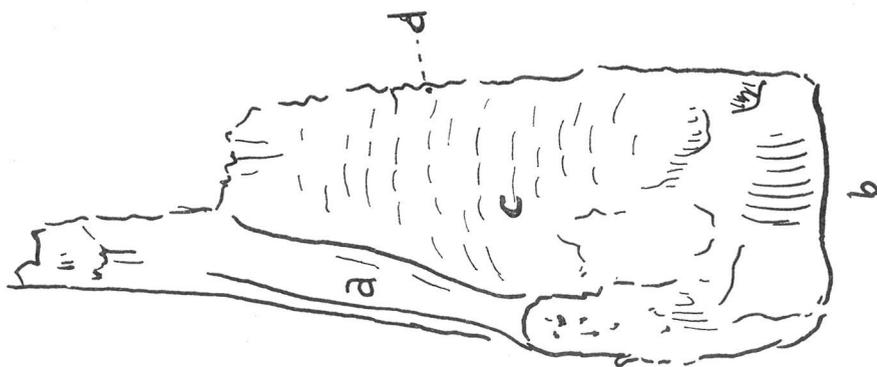


FIG. 3

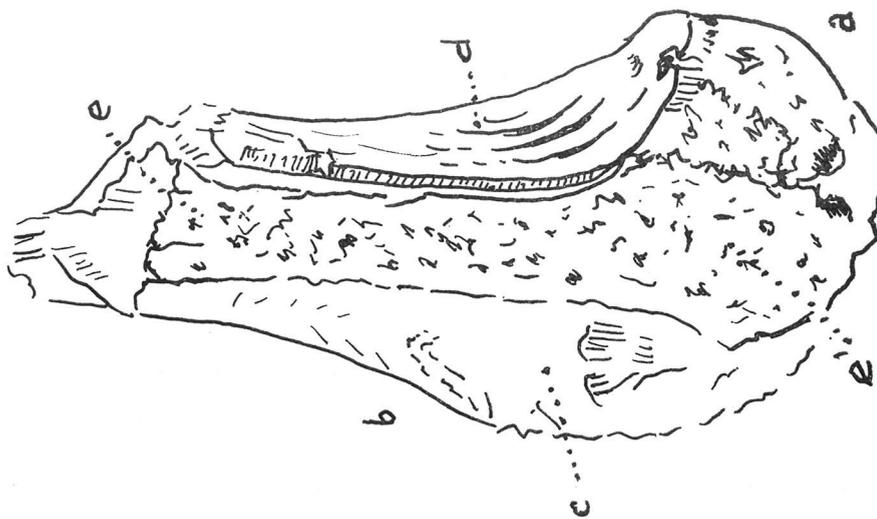


FIG. 4

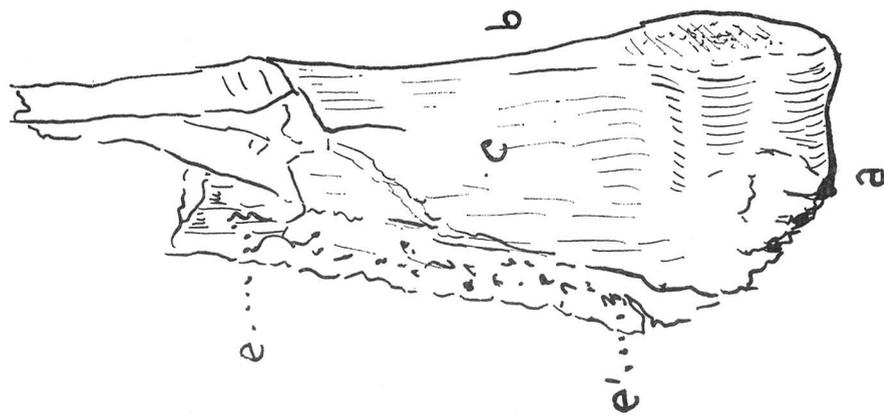


FIG. 5

Igualmente a Don Pedro González Collado, catedrático del mismo Instituto, eficaz colaborador de este trabajo con las fotos que acompañan. Mención a parte he de hacer de Don Emilio Aguirre J. S., paleontólogo del Museo Nacional de Ciencias Naturales, que me permitió inspeccionar el copioso material de restos fósiles de elefantes que posee en dicho Museo y me acompañó en mi rápida inspección ocular de aquellos testigos.

VICENTE SOS BAYNAT

SIMPOSIO INTERNACIONAL "CRO-MAGNON" (ISLAS CANARIAS)

(16-22 de febrero de 1969).

Esta interesante reunión antropológico-prehistórica tuvo lugar durante el mes de febrero en las Islas Canarias y su objetivo fundamental fue el estudio antropológico y prehistórico de los descendientes del Hombre de Cro-Magnon en el Occidente euroafricano, especialmente en el área de las Canarias. Asistieron entre los antropólogos Sres Vallois, Villy, Camps, Heinz, Basabe, Bosch de Mieres, Obrador, etc.; entre los prehistoriadores se encontraban los Sres. Balout, Movius, Pericot, Almagro, Hugot, Souvie, Beltrán, G. Echegaray, Barandiarán, San Valero, Beltrán, Tarradell, Ripoll. Entre los investigadores canarios destacaron los Sres. Diego Cuscoy, Hernández Crespo, Siemens, que junto con el Prof. Serra Rafols, de la Universidad de La Laguna, pusieron de relieve la serie de trabajos llevados a cabo en estos últimos años sobre los orígenes del pueblo canario. Colaboraron en los trabajos del Simposio los becarios Sres. Llobregat, Almagro Gorbea y Beltrán Lloris. En todo momento, los Cabildos Insulares de Las Palmas, de Tenerife y de La Palma, prestaron su apoyo incondicional al Simposio y hemos de agradecer tanto a estos como al Magnífico Rector de la Universidad de La Laguna sus numerosas atenciones, prodigadas a manos llenas en actos y excursiones. A todos ellos, así como al Presidente del Museo Canario, Dr. Díaz Rodríguez, a L. Diego Cuscoy, Director del Museo Arqueológico de Tenerife y a los demás amigos canarios, que no es imposible enumerar uno por uno, hemos de dar la expresión de nuestro agradecimiento por todo cuanto hicieron por el mayor éxito del Simposio. Junto a nuestro agradecimiento queremos que también figure nuestra repulsa y condena por la actitud inelégante, incordial y resentida de ciertos miembros del Departamento de Prehistoria de la Universidad de La Laguna. No merecían los simposistas el desaire que les organizó y que quedó borrado por la acogida cordial del Rector Hernández Perera, a quien especialmente queremos testimoniar nuestro cordial afecto.

Las ponencias y comunicaciones trataron el problema del Hombre de Cro-Magnon desde amplios puntos de vista antropológicos y prehistóricos. La sesión inaugural en el Museo Canario de Las Palmas estuvo presidida por el Excmo. Sr. D. José Luis Arrese, presidente del Patronato "José M.^a Cuadrado" de C.S. de I.C., y la sesión de Clausura tuvo como Presidente al Prof. Dr. D. Luis Pericot, Presidente del Patronato "Saavedra Fajardo", organizador junto con el Prof. Beltrán del Sim-

posio. Durante la celebración del mismo se visitaron las instalaciones del Museo Canario de Las Palmas y del Museo Arqueológico de Tenerife. Además, se puso la primera piedra del nuevo Museo de Las Palmas. Se realizaron excursiones a los principales sitios arqueológicos de las islas de Gran Canaria, Tenerife y La Palma.

Ante la imposibilidad de dar un resumen de todas las ponencias y comunicaciones, nos limitamos a exponer las conclusiones a que se llegó en dicha reunión:

Sección antropológica: 1.—Definición del estado actual del conocimiento del hombre de Cro-Magnon. 2.—Aplicación de los mencionados conocimientos a los aborígenes de las Islas Canarias.

Sección prehistórica: 1.—Planteamiento de los nuevos descubrimientos del Paleolítico Superior. 2.—Fijación mediante los restos materiales de las relaciones atlánticas, mediterráneas y africanas con la Prehistoria Canaria. Para ello será necesario realizar excavaciones estratigráficas en yacimientos importantes y tratar de obtener fechas C-14. 3.—Por el momento, la Prehistoria canaria parece iniciarse después del Neolítico. 4.—Cada isla tiene su cultura propia y peculiar, que parece en algún momento sobreponerse a un fondo común. 5.—Fijar las aportaciones mediterráneas y saharianas en la isla de la Plata, además de los posibles influjos bereberes y otros más complejos. y 6.—Que se excave con los mejores medios y sistemas el Cavoco de Belmaco (La Palma), que puede ser clave para la Prehistoria de las Islas Canarias y base sólida para el mejor conocimiento de las distas culturas que han penetrado en dichas islas.

Para finalizar hemos de agradecer a los Patronatos "José M.^a Cuadrado" y "Saavedra Fajardo" del C. S. de I. C., el haber hecho posible esta reunión, que ha renovado el interés por la Prehistoria de las Islas Canarias y nos ha obligado a hacer un balance de los que conocemos y de lo que nos falta por conocer. Ahora solamente nos faltan los medios económicos para comenzar a llevar a cabo los trabajos que el Simposio ha puesto de relieve como necesarios.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

AUGUSTO FERNANDEZ DE AVILES Y ALVAREZ-OSSORIO

(* 1908-† 1968)

Una vez más nos vemos en la obligación dolorosa de rendir el último tributo de amistad y afecto a uno de nuestros entrañables colegas. Si entre los arqueólogos españoles hubo uno que mereció el aprecio, la amistad, la estimación y la consideración de todos, fue sin duda Augusto Fernández de Avilés. Su inefable bondad, su hombría de bien y su trato sencillo y cariñoso, hacían de él el colega ideal por encima de todas nuestras luchas, rencillas y envidias. Arqueólogo de corazón, vivió siempre dedicado a la investigación, llevando a cabo numerosos descubrimientos y excavaciones, que fue dando a conocer a través de numerosos artículos.

La inclinación a la Arqueología le venía de casta y tras licenciarse en 1930, ingresó en el Cuerpo de Archivos, Bibliotecas y Museos en 1931. Más tarde, pasada nuestra Guerra civil, se doctoró en la Universidad de Madrid, en la que había cursado sus estudios.

Director del Museo Arqueológico de Murcia, desde el que desarrolló una importante labor de catalogación y recogida de materiales y de yacimientos, pasó más tarde a Madrid, a la Sección de Edad Antigua del Museo Arqueológico Nacional, para cuya Dirección fue nombrado pocas semanas antes de su fallecimiento. Era Secretario del Instituto "Rodrigo Caro" de Arqueología, de C. S. de I. C., y de la revista "Archivo Español de Arqueología", editada por dicho Centro.

Fue Académico Fundador de la Academia de Alfonso X El Sabio de Murcia, estuvo pensionado en el Instituto de Bellas Artes de la Universidad de Nueva York y fue miembro de la Asociación de los Arqueólogos Portugueses. Realizó y dirigió excavaciones en las provincias de Murcia, Logroño, Vizcaya y Albacete. Últimamente había emprendido trabajos en el Cerro de los Santos, yacimiento cumbre de la estatuaria ibérica, con resultados óptimos que resolvieron parte de las viejas dudas acerca de las cuestiones cronológicas que plantearon los antiguos hallazgos.

Sus trabajos son numerosos y abarcan preferentemente los temas de arqueología clásica —íberos, colonizaciones, romanización— sin que dejase de asomarse a los temas prehistóricos. En todos sus trabajos fue modelo de competencia y sus investigaciones han sido acogidas con extraordinario interés por los especialistas.

Los que hemos sido sus amigos le recordaremos siempre con agrado y desde estas líneas queremos testimoniar públicamente a sus familiares nuestro más sentido pésame.

Augusto Fernández de Avilés. *Sit tibi terra levis.*

F. JORDÁ CERDÁ

AFONSO DO PAÇO

(* 1895 - † 1968)

La triste noticia nos llegó cuando estaba ya en prensa este número. Queremos deicar, desde estas páginas de ZEPHYRVS en las que tantas veces colaboró, un pequeño recuerdo al amigo, al arqueólogo y al caballero. Do Paço, junto con el llorado P. Jalhay, fueron mis primeros amigos y conocidos de entre los arqueólogos portugueses. A Do Paço recurrí cuando al estudiar el Solutrense peninsular tuve que rebuscar entre la bibliografía portuguesa y a Do Paço recurrí constantemente en mis breves excursiones por la prehistoria del país hermano. Durante mi última visita a Lisboa ya no puede verle, pues estaba ya aislado a consecuencia del terrible mal que poco después lo llevaría a la tumba.

Sus trabajos sobre prehistoria fueron numerosos. Sus estudios sobre el castro de Vilanova de S. Pedro tuvieron un indudable interés para la Prehistoria penin-

ninsular y sus descubrimientos hicieron que cambiase en sus líneas generales la orientación de la Prehistoria portuguesa. Citar sus trabajos sería tarea árdua, ya que solo o en colaboración con otros prehistoriadores realizó investigaciones en la Citania de Sanfins, en Montes Claros, en las cuevas de Alapraia, en Cascais, S. Pedro de Estoril, en Alentejo, en Marvao, etc. En todos estos trabajos se observa una gran sensibilidad y amor por el detalle, por la descripción perfectamente acordada y por un gran sentido de la objetividad. En estos últimos años realizó un provechoso estudio sobre la fortificación del famoso campo de batalla de Aljubarrota, en el que se demostró la existencia de una táctica guerrera medieval muy perfecta con una compleja concepción de la estrategia, que reclamará nuevos estudios e investigaciones arqueológicas. Do Paço desarrolló otras, de tipo militar, ya que fundamentalmente fue un pundoroso soldado que se batió en los campos de Flandes, durante la Primera Guerra Mundial, fue hecho prisionero por los alemanes y más tarde al regresar a Portugal, aunque continuó algún tiempo con las actividades militares, fue poco a poco abandonándolas hasta que pidió el retiro. Ostentaba diversas condecoraciones y era caballero de la Orden de Avis.

Como arqueólogo participó en numerosos congresos de Portugal, de España e internacionales, presentando siempre interesantes comunicaciones prehistóricas o arqueológicas. Pertenecía a la Associação dos Arqueólogos Portugueses, siendo actualmente Vice-presidente, al Instituto de Coimbra, a la Sociedad Portuguesa de Antropología e Etnología, a la Sociedade Martins Sarmento de Guimaraes, al Instituto Arqueológico Alemán, a la Societé Préhistorique Française, a la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria, etc.

Sirvan estas palabras de testimonio de nuestro dolor por la pérdida de tan gran arqueólogo del país hermano, tanto para sus familiares, como para nuestros queridos colegas portugueses.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

ERNESTO JIMENEZ NAVARRO

(* 1912-† 1958)

Aunque apartado en estos últimos años de las actividades arqueológicas, Ernesto Jiménez Navarro fue siempre un apasionado cultivador de la Prehistoria. Colaborador del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, allí se formó y allí hizo sus primeras armas en el campo de la investigación. Compañero de muchas excursiones y trabajos, había sido siempre el amigo eficaz, con un gran sentido de la crítica, y un trabajador infatigable. Pero nuestra postguerra le fue apartando cada vez más de las actividades prehistóricas y poco a poco su atención se fue centrando en otros problemas.

Hoy me llega la noticia del fallecimiento de este viejo amigo y compañero de los años jóvenes, de cuando en el S.I.P. valenciano hacíamos proyectos de nuevos trabajos e intentábamos buscar una nueva visión de la Prehistoria hispana, de

cuando comentábamos el interés de sus hallazgos en Covalta (Buñol), que quizás señalaban el camino de penetración en Levante de la cultura solutrense (Parpalló), de cuando años más tarde buscábamos explicaciones para el interesante neolítico de la cueva de Ambrosio (Almería). Hoy todo eso no es más que un sencillo recuerdo, empañado por el dolor de su pérdida.

Con estas líneas queremos asociarnos al inmenso dolor de sus familiares, a quienes desde aquí testimoniamos nuestra condolencia.

FRANCISCO JORDÁ CERDÁ

Bibliografía

J. MALUQUER DE MOTES: *Epigrafía prelatina de la Península Ibérica*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Universidad de Barcelona. Publ. Ev. n.º 12. Barcelona 1968. 192 págs. XXII láms. y numerosas transcripciones de epígrafes.

Nos encontramos ante un libro fundamentalmente dirigido a los estudiantes y hemos de agradecer al A. una obra semejante, que echábamos de menos después de tantos años de investigaciones sobre las escrituras primitivas ibéricas.

El libro consta de varias partes. Una justificación y un capítulo sobre origen, cronología, áreas y desciframiento de la escritura dan paso a un estudio de las formas de los signos y a continuación se estudian las distintas escrituras (ibérica de Levante, del mediodía, greco-ibérica del Sudeste, la del Sudoeste y la libiofenicia). Una amplia antología, léxicos y bibliografía cierran el libro, que ofrece además una notable parte gráfica.

El Prof. Maluquer plantea en este libro y desde bases puramente arqueológicas, una visión general de los problemas de nuestra Epigrafía prerromana, lo cual es digno de tenerse en cuenta, ya que casi toda la investigación sobre nuestras escrituras antiguas de estos últimos años se ha venido realizando desde el campo filológico, el cual en algunas ocasiones no llega a precisar algunos de los problemas cronológicos que plantean dichas escrituras.

Como en algunos aspectos acerca de los orígenes de estas escrituras disiento de las tesis mantenidas por el Prof. Maluquer, he de pedir perdón por mi atrevimiento de adentrarme en un terreno tan lejano de mis cotidianas investigaciones. Sirva de excusa el que durante años escuché las sabias lecciones del gran epigrafista y numismático D. Pío Beltrán Villagrasa y el hecho de que me educé científicamente en el Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, en una época en que las inscripciones ibéricas eran tarea diaria de la investigación de dicho Centro valenciano.

Cree el A. que los epígrafes ibéricos más antiguos no pasan del s. IV y que con los datos actuales es aventurado afirmar que el comienzo de la escritura indígena en la Península debe remontarse al s. V a. C., fundamentando esta fecha en que "más del 70 %

de los epígrafes utilizados en las inscripciones indígenas tienen un origen griego en formas que no aparecen en Grecia antes de mediados del s. VI a. C.". Así, dando por sentado el origen de las escrituras indígenas en el s. V, se plantea, necesariamente, el problema del carácter semisilábico de dichas escrituras.

No acepta la explicación tradicional de Gómez Moreno sobre la derivación de tales escrituras de un silabario primitivo, a causa de que, según el A, "muchos de los signos utilizados fueron tomados de la escritura alfabética griega, mucho más tardía". Es aquí donde disiento formalmente del A., puesto que no logro explicarme cómo un signo alfabético griego, por tanto no silábico, adquiere carácter silábico al pasar a formar parte de la escritura indígena. Buscando una explicación a este hecho inexplicable, a este salto atrás, Maluquer se refugia en la hipótesis de un gramático "supuesto inventor" de nuestra escritura indígena, hipótesis que parece vislumbrarse ya en Tovar y que recientemente ha mantenido Untermann. Para mí resulta muy difícil que un tal gramático "conociendo bien tanto la escritura alfabética griega como la consonántica semita, persistiera reflexivamente en el silabismo" y la idea de que una sola persona crease el silabario iberotartésico me parece insostenible. Pues la tal persona o tuvo que ser extranjero o indígena. En el primer caso, tendríamos que un extranjero que conocía y escribía en un alfabeto *no silábico* llegó a nuestra Península a fines del s. VI o principios del V y *reinventó* el sistema silábico, creando un sistema mixto que triunfó en Levante y en el Mediodía. Todo ello resulta ilógico y extraño, ya que por esa misma época en las comarcas del Sudeste, que son las más helenizadas de la Península, se escribía en un alfabeto jónico de mediados del s. VI, mientras que al norte y al oeste de esa zona iberojónica triunfaba la escritura reinventada.

En el segundo caso, un indígena, culto y gramático, inventa una escritura mixta, más útil que la iberojónica porque empleaba menos signos para escribir las mismas palabras. Este principio de economía de los signos de haberse aplicado efectivamente hubiera dificultado terriblemente a cualquier desarrollo alfabético, puesto que en una escritura con ideogramas bastan unos cuantos de estos para escribir no ya una palabra, sino una frase. Es decir que, históricamente, la tal reivindicación no resulta probable, ni útil.

No obstante, el estudio detenido que de cada letra —vocal, consonante, silábica— nos hace el prof. Maluquer, su emparentamiento formal con letras de alfabetos griegos y fenicios, podría inducirnos a aceptar como buena su tesis de que la escritura indígena se creó en el s. V. Pero para ello encontramos algunos inconvenientes, unos metodológicos, otros históricos.

En lo que respecta a método, creo que no es correcto comparar unos signos alfabéticos simples (vocálicos y consonánticos) con otros signos en su mayoría silábicos. Tanto unos, como otros, deben considerarse como el producto final de la evolución de un alfabeto más antiguo de tipo silábico, que mientras en el área del Egeo tendía, por influencia semita, a la representación de sonidos simples, en el área tartésico-ibérica conservó el silabismo para las oclusivas, porque no existía en aquellos idiomas diferenciación entre sordas y sonoras, que sólo se consigue en la península con la romanización. El hecho de que las escrituras ibéricas no tendiesen al consonantismo puro, a pesar de la fuerte influencia semítica que desde el s. XI existía en la región sur peninsular, revela una cierta estructura político-social muy conservadora, que sólo con el tiempo fue adoptando signos simples para las vocales y las líquidas. El silabismo ibero-tartésico postula una relación de contacto o dependencia con los sistemas silábicos cretenses o chipriotas. Hoy, que cada día nos parecen más evidentes las relaciones de todo tipo con el Mediterráneo oriental (chipriotas, cretenses, minorasiáticos) podemos sin duda pensar en que la escritura iberotartésica fue una adaptación hecha por los colonizadores orientales que crearon Tartessos, seguramente producto de una colonización minorasiática, como parece sugerir el sufijo *-ssos*, tan corriente en el Asia Menor, colonización que postuló en cierto modo el viejo Schulten. Esta colonización debió de llevarse a cabo durante la época en que las

escrituras silábicas adquieren su mayor apogeo, entre 1.500 y 1.100 a. C., por lo que muy bien pudieron llegar hasta Tartessos y al resto de la costa mediterránea peninsular. Las invasiones indoeuropeas en la Península, la caída de Tartessos y la instauración de pequeños reinos "taifas" celtotartésicos, determinaron que el primitivo silabario indígena quedase sin evolucionar y al margen de los nuevos alfabetos que surgen en el mundo semita-helénico. Ello determinaría el estatismo del silabario indígena, que sólo, más tarde, al contacto nuevamente con los griegos iniciaría el cambio de signos y la adopción de elementos simples. Todo esto es pura hipótesis y desde el punto de vista arqueológico no tienen confirmación alguna, pues nos faltan los documentos escritos en el silabario primitivo. Pero si en estos últimos treinta años una investigación apenas iniciada ha conseguido quintuplicar el número de las inscripciones prelatinas, creo que es correcto pensar que el día que se inicien en serio las investigaciones en torno de Tartessos, pues hasta ahora sólo se ha operado en torno de sus epígonos, podremos recuperar algunos de esos epígrafes silábicos primitivos. Si de momento no contamos con ese apoyo arqueológico, creo que desde el punto de vista histórico sí es posible hablar de la existencia de esos epígrafes o textos.

Desde el punto de vista histórico tenemos el texto de Strabón (III, 157) que es bien claro cuando al hablar de los turdetanos nos dice que "*tenían escritura y escritos históricos*", noticia que tomó, según los críticos, de Asklepiades de Mirlea, maestro de Gramática que vivió en la Península, en la Turdetania precisamente, y que si nos habló de escrituras y escritos históricos no sería a humos de paja. También Asklepiades nos pone de manifiesto la existencia de lenguas distintas y escrituras distintas para turdetanos y los demás iberos cuya vigencia ha demostrado la investigación actual. Ambos sistemas semisilábicos no pueden provenir sino de un tronco común: un hipotético silabario tartésico en el que se escribieron en textos "prosa, poesía y leyes en forma métrica", que desgraciadamente todavía no han llegado hasta nosotros. Hemos de esperar que se intensifiquen las excavaciones en torno a ese escurridizo Tartessos, que ahora parece que va cobrando realidad. (En este sentido, los trabajos de Schüle y Pellicer en el Cerro de la Virgen de Orce nos señalan la existencia de unas condiciones económicas y unas técnicas agrícolas muy avanzadas, únicamente explicables con claros antecedentes orientales). Hace años, mi compañero y amigo Fletcher, publicó el interesante monumento de Monforte del Cid (Alicante), resultado de nuestra primera y común investigación arqueológica. Hasta el momento ha sido difícil datar este monumento, que creo parte integrante del mundo tartésico. Pero nuestros especialistas se empeñan en buscar a Tartessos más allá de las columnas de Hércules, guiados por unos textos que nos hablan del mismo como de una reliquia histórica que ya entrado en la leyenda con sus reyes matusalénicos. Sus razones tendrán para seguir por tales caminos, aunque si no recuerdo mal, en la "Ora marítima" se habla del límite oriental de los tartesios en Herna, identificado con la Sierra de Bernia, provincia de Alicante, al sur de Benisa, una zona que en todo tiempo ha sido frontera entre los levantinos ibéricos y los sublevantinos ilicitanos. Pero dejemos ya estas disquisiciones impropias de un no especialista en el mundo clásico y terminemos nuestro largo comentario felicitando al Dr. Maluquer que con su libro, preñado de interés y de problemas, ha suscitado estas disquisiciones, que creo que no serán las últimas, lo cual será buena prueba del gran valor que su libro tiene.

F. J. C.

H. N. SAVORY: *Spain and Portugal. The Prehistory of Iberian Peninsula*. "Ancient Peoples and Places". Thames & Hudson. Londres 1968. 324 págs., 91 figs. y 16 láms. con 66 ilustraciones.

En realidad, más que una Prehistoria de la Península Ibérica, lo que este libro nos ofrece es

una excelente síntesis de la Edad del Bronce peninsular con unas breves páginas introductorias en las que se comentan brevemente los problemas del Paleolítico y del "Mesolítico", para terminar con una breve información acerca de los pueblos de la Península durante la Edad del Hierro. Dado que el A. es especialista en las etapas de la Edad del Bronce, creo que hemos de agradecerle su interesante síntesis y, sobre todo, el esfuerzo realizado en la elaboración de los antecedentes paleolíticos y de los consecuentes del Hierro para poder exponernos de un modo claro, sistemático y cronológico todos los problemas que afectan a la Edad del Bronce de nuestra península.

Respecto a los problemas del Paleolítico peninsular el A. da un aceptable resumen del estado actual de los mismos, aunque en algunos aspectos señale soluciones u opiniones no muy correctas. Así, por ejemplo, apoyándose en los hallazgos de Mac Burney en Haua Fteah, en Cirenaica, con fecha c-14 de 34.000 a. C. señala una influencia del Norte de Africa en el Sur y Centro de España, durante el Ateriense final, que creo difícil de comprobar por ahora, aunque hace ya bastantes años se habló de esos contactos e incluso se estableció un Musteriense ibero-mauritano. Si tenemos en cuenta que en el Ateriense parecen dominar los tipos levalloulois-musterienses y en la región mediterránea peninsular nos encontramos con un predominio clacto-musteriense, tendremos que rechazar de momento esa pretendida influencia nordafricana. El problema tiene interés por lo que respecta a la posible influencia posterior de las formas aterienenses sobre el Solutrense ibérico con sus puntas pedunculadas y con aletas, pero creo que hay una excesiva distancia temporal entre los yacimientos africanos (Taforalt, Khenzira, El Aliya) y los levantinos españoles (Parpalló, Ambrosio) para que podamos pronunciarnos en favor de esos contactos. Dentro del Solutrense de la región mediterránea, he dicho y sigo sosteniendo que las puntas de aletas y pedúnculos del Cau de les Goges (San Juliá de Ramis, Gerona), no tienen nada que ver con las puntas del Parpalló, ni con el Solutrense ibérico. San Juliá está enlazado directamente con el sur de Francia y todas las intrusiones paleolíticas en el Pirineo catalán provienen directamente del Sur de Francia.

El A. señala ya el dualismo cultural de la Península durante los tiempos postsolutrenses, con el área cantábrica-pirenaica, dominada por el Magdalenense —con su colonia del Parpalló e influencias en la Costa del Sol— y el área mediterránea con el Epigravetense, ligado a los desarrollos culturales epigravetenses del Sudeste de Francia y de Italia. Es interesante, por lo menos para mí, ver expuesta de nuevo una idea que hace años, en el Primer Congreso Arqueológico del Marruecos español, propuse y que ante los criterios negativos de los prehistoriadores franceses de la zona argelino-marroquí sobre posibles contactos de Europa sobre Africa quedó prácticamente en el olvido. Se trata de las posibles influencias gravetenses o epigravetenses sobre las culturas contemporáneas del norte de Africa (Oranense, Iberomauritanense), a favor de las cuales me pronuncié hace ya años y que ahora al parecer renacen. Será, pues, un problema sobre el que habrá que volver.

En el pequeño resumen que sobre el arte paleolítico hace el A. parece no muy de acuerdo con mis conclusiones acerca del mismo, especialmente sobre el arte solutrense, ya que según él, la distinción entre Gravetense, Solutrense y Magdalenense, basada principalmente en los instrumentos-tipo, "has little significance in the peninsula as far as the art is concerned", lo cual a mi modo de ver el problema es insostenible, ya que cada período presupone un determinado y distintivo número de elementos culturales que le caracterizan y le distinguen de los demás y el arte no tiene por qué ser una excepción. Sin embargo, aun sosteniendo esta peregrina teoría de la no diferenciación artística, el A. acepta de lleno esa supuesta "provincia artística del Mediterráneo occidental", propugnada por Graziosi, según la cual La Pileta, D.^a Trinidad, Nerja, en el Sur de España, formarían con Levanzo, Addaura y otras, en Italia, una provincia artística. Todo lo cual es difícil de sostener, ya que el arte paleolítico de esas dos regiones terminales de las dos penínsulas mediterráneas ha de ser considerado

como fruto de un desarrollo desde un centro común, en este caso el centro franco-cantábrico, y por tanto como consecuencias marginales del mismo. Las semejanzas que han sido observadas en el arte paleolítico de ambas regiones han de ser consideradas como simples coincidencias debidas al origen común. Cronológicamente es muy difícil sustentar a tal provincia, pero aún lo es más culturalmente.

En cuanto al Epipaleolítico, que el A. de acuerdo con la terminología nórdica llama "mesolítico", se señalan dos áreas culturales: la atlántica y la mediterránea. Lo correcto hubiera sido hablar de una área cantabro-pirenaica, en donde se desarrolla el Azilense y apenas se observan intrusiones de otras culturas francesas, y de un área atlanto-mediterránea, puesto que los concheros portugueses se encuentran más en relación con los yacimientos de Levante (Cocina, Llatas), que con el norte hispano. Claro que el A. acepta todavía para los tiempos epipaleolíticos la presencia del Asturiense, que desde hace años venimos considerando como de fines del Paleolítico inferior.

También acepta el A. la edad epipaleolítica de las pinturas rupestres del Levante español e incluso cree en los lazos de unión entre estas pinturas y las de los santuarios del Magdalense. Para que ello fuese aceptable tendríamos que aceptar una continuidad cultural que hemos visto no existe en Levante para el Magdalenense. Habría que explicar además cómo habiendo aprendido unos determinados elementos y temas artísticos los nuevos artistas realizaron obras totalmente distintas. Los trabajos de Ripoll, Bandi y los míos propios de estos últimos años, tienden a demostrar la necesidad de una cronología baja para el arte del Levante español, una cronología que ha de tener como punto de partida el Neolítico, cuando menos.

El capítulo acerca de los primeros agricultores resume los tres aspectos de nuestro Neolítico inicial: la cerámica cardial, como más antigua, que hace proceder de Anatolia y Siria; la penetración desde el norte de Italia de los vasos de boca cuadrada de origen danubiano, que demuestran una penetración neolítica y europea tardía; la cerámica incisa del sur andaluz, que parece una fase tardía y en dependencia quizás de cerámicas chipriotas a través de Italia (Stentinello); es posible atribuir a este grupo la introducción de las puntas de flecha de aletas y pedúnculo, de base cóncava, romboidales y lanceoladas, como supone el A., aunque quizás estos yacimientos andaluces y portugueses sean en realidad muy tardíos y ofrezcan ya elementos propios del Bronce inicial de Levante. En cuanto al resto de la Península, creo que no existen las primeras etapas neolíticas. Lo que se encuentra tanto en el norte, como en el centro y noroeste, son grupos retardatarios que ya tienen elementos del Bronce inicial, que revelan un cierto empobrecimiento a medida que nos alejamos de los centros mediterráneos de colonización.

Un aspecto que el A. trata incompletamente es el de los primeros poblados. El A. se refiere a El Garcel, Campo Real y Mesas de Asta, cuya atribución al Neolítico podría ser dudosa, mientras que no cita a los poblados neolíticos cardiales de Casa de Lara y del Arenal de la Virgen, en Villena (Alicante).

Para la cultura megalítica el A. sugiere un origen en la vieja Palestina. Einan, Azor y Ghassul ofrecen los suficientes elementos culturales (megalitismo, cuevas artificiales, inhumación colectiva, aldeas, amuletos antropomorfos, etc.), para encontrar en esta región los antecedentes de nuestro megalitismo. Incluso para los mismos ídolos oculados, que el A. quiere derivar de la cultura de Stentinello, creo que existe un antecedente muy claro en Jérico, en una de las inhumaciones de la tumba K-2, fase 1.^a en donde se encontró un lote de huesos que recuerdan perfectamente a los oculados de La Pastora y de otros yacimientos del Sudeste.

Imbricar, como hace el A., las cuevas con inhumación colectiva de Levante con las primeras tumbas circulares de Almería, dentro de una misma fase 1.^a del Sudeste me parece

poco sistemático, ya que en las cuevas de Levante nos encontramos ante una serie de elementos que perduran durante mucho tiempo, formando una provincia cultural con una personalidad bien distinta, mientras que las tumbas de Almería, excavadas en el suelo, revestidas de una pared sin puerta, son la fase inicial, incluso por su pobreza de ajuar, del desarrollo de un tipo constructivo, el megalito, que va a tener una larga historia y múltiples transformaciones. La región levantina española parece haber quedado libre de ese amplio movimiento cultural del megalitismo.

El A. sigue una cierta división regional (Sudeste, Sudoeste, Noroeste, Nordeste) para los megalitos, siguiendo la pauta arquitectónica, es decir, señalando los distintos tipos de megalitos, según su estructura arquitectónica lo cual es aceptable, aunque creo preferible seguir otras pautas sistematizadoras, más que, señala en un mapa el área ocupada por los ídolos-placa, sin señalar su posible repercusión cronológica. Dentro del área del Noroeste echamos de menos una alusión al dolmen de Pedra Coberta, del que tampoco se habla al referirse al simbolismo de los constructores de megalitos. La provincia del Noroeste precisamente queda muy bien definida por los megalitos con pinturas en sus cámaras y corredores, lo que hace que haya que considerarla como una facies regional megalítica. En cambio nos habla el A. de la "mámoa" de La Mourela, que ya pertenece a una etapa posterior, quizás ya dentro de un desarrollo final del vaso campaniforme.

En cuanto a cronología, creo que el A. está bastante bien orientado, haciendo arrancar a los primeros elementos alrededor del 4000 a. C., en tanto que las etapas finales deben fecharse ya dentro del II milenio.

Las cuevas artificiales y el complejo cultural del valle bajo del Tajo tienen un indudable interés y una acentuada personalidad, que no creo sea posible tratar aparte del complejo megalítico, con el que se encuentra íntimamente ligado, aunque en muchos de sus elementos ofrezca importantes variantes y aun elementos nuevos —los betilos decorados— que puedan hacer pensar en unos contactos más estrechos con los tiempos predinásticos egipcios, aunque las cerámicas, tipo *Urfirnis* y con decoración de cestería, parecen más ligadas al Egeo. Quiero hacer patente que Blanquizares de Lebor es una cueva artificial, excavada en la greda, puesto que en la zona de Lebor no hay calizas y por tanto no hay cuevas naturales.

En el capítulo dedicado a los primeros metalúrgicos el A. expone los últimos momentos de las tumbas en "tholos" y los problemas de los poblados, para los cuales, por haber llevado a cabo trabajos importantes en Vilanova de S. Pedro, nos da una excelente visión, especialmente de los poblados occidentales y del sur (Millares y otros). Pero observamos, con extrañeza, que la Ereta del Pedregal no se incluye entre los poblados eneolíticos y en cambio se cita e incluye dentro de los argáricos.

En cuanto a la Cultura Campaniforme el A. muestra su desacuerdo con la teoría de Sangmeister acerca de la difusión del vaso campaniforme y lamenta la rapidez con que "*this unfortunate theory has been accepted by some leading authorities*" y aunque algunos vasos campaniformes cordados del este y centro de España sugieren un cierto grado de "reflujo", "*evidence for the technical continuity and evolution in the peninsula makes it hard to accept Sangmeister's theory entirely*", con lo cual el A. adopta no sólo una posición prudente, sino que más bien viene a exigir una revisión de los puntos de vista expuestos por profesor alemán. Además, esa continuidad técnica que muestran los centros dominantes del Bajo Guadalquivir y del Tajo, desde el comienzo hasta el fin, refutan toda idea de "reflujo" de unos inmigrantes bárbaros venidos de la Europa central. Con ello, la teoría del "reflujo" queda un tanto falta de base, por lo menos en lo que a la Península se refiere. Sin entrar en el fondo del problema, creo que los hechos expuestos por Savory, tan conocedor como Sangmeister de la Protohistoria peninsular, han de ser tenidos en cuenta y se impone una recon-

sideración de la problemática del vaso campaniforme. La teoría de Sangmeister suponer una cierta discontinuidad cultural en la Península, que parece no haber existido realmente.

La Edad del Bronce queda dividida por el A. en Antigua y Reciente, con lo que salva la esencia de la división tripartita del Congreso de Almería, sin desterrar el uso del vocablo "eneolítico", que tanto entusiasmos suscita en muchos de mis colegas, pero que culturalmente significa muy poco, puesto que abarca cosas tan dispares como megalitos y campaniformes. El Bronce Antiguo representa una ruptura con el mundo campaniforme y la aparición o reaparición de grupos regionales que bien tienden a continuar las tradiciones campaniformes, como los de la Meseta, bien hacen resurgir antiguas tradiciones cerámicas o reaccionan a las nuevas influencias extrañas, como se observa en los pueblos de la costa. Entre todos ellos, el grupo argárico es el más conocido e importante y en el que de nuevo nos encontramos con un tipo metálico, la alabarda, que parece originaria de la Península (primeros "tholoi" de Los Millares), con bastantes versiones en cobre, que, de repente, desaparece del Sudeste, se instala en el Norte y Centro de Italia, para volver a su punto de partida durante la cultura argárica, lo cual parece posible, pero no probable.

El área del Sudoeste permanece todavía unida al espíritu de los tiempos megalíticos y sólo en ocasiones aparecen algunos enterramientos en cista (Atalaia, Castro Marim), sin que los elementos argáricos logren penetrar en ella.

Una mayor extensión nos hubiera gustado para el "bronce valenciano", que, aunque con algunas influencias argáricas, demuestra una acusada personalidad, sobre todo en lo que concierne a la vida urbana y sus estructuras. La región catalana y especialmente la zona pirenaica parece más unida en este tiempo al mundo europeo y son notables las influencias del norte de Italia, que parecen llegar a Valencia y al sur de Portugal. En cuanto a la Meseta y Centro de Portugal surgen un sinnúmero de problemas, en los que las perduraciones campaniformes son la base del nuevo desarrollo (cerámica de Penha-Mairos).

El Noroeste hispano se nos presenta lleno de lagunas y con una serie de materiales dispersos y difícilmente sistematizables. Si el A. supone que el puñal de Conjo (Pontevedra) pertenece al momento de difusión por Europa de la moda de excavar figuras de armas en la roca, ¿por qué no acepta un mismo origen para el ídolo de Peña Tú, que presenta grabada junto a él una espada, de tipo netamente campaniforme?

Con el Bronce Reciente plantea el A. una serie de aspectos, la perduración de la cultura nativa, la formación del Bronce atlántico, la invasión de los campos de urnas, el complejo de la "lengua-de-carpa" y el problema de Tartessos y la transición a la Edad del Hierro. El comentario a cada uno de estos aspectos nos llevaría demasiado lejos. Tan sólo mencionaremos el problema de Tartessos, que al uso de nuestros modernos investigadores se viene situando hacia el 700 a. C. Es una opinión de la que disiento, porque considero que hacia esa fecha ya Tartessos era solamente un recuerdo. Los textos históricos conocidos se hacen eco de una cosa pasada. Por eso cuando se busca a Tartessos en la desembocadura del Guadalquivir no se pasa más allá del 700, porque con anterioridad a esa fecha en el Sudoeste hay una cultura pobre, como hemos visto. Por eso pienso que hemos de buscar a Tartessos en la costa mediterránea española, que sabemos que tuvo amplios contactos con el mundo minorasiático, del cual sin duda fue producto Tartessos, como viene a atestiguarlo la terminación -ssos del nombre.

El mundo celta se trata como un todo, dentro de un espacio excesivamente restringido. La diversidad de las distintas estructuras constructivas, las importantes diferencias entre los tipos cerámicos y sobre todo la mayor o menor relación con el mundo ibérico y el de las colonizaciones, son problemas que merecían haber sido tratados con una mayor amplitud. Pero al A. le sucede lo que al que esto escribe, que no podemos escribir más porque disponemos de un espacio limitado.

Sólo nos resta felicitar al Dr. Savory por esta interesante síntesis de la Prehistoria peninsular, que espero alcanzará el propósito que informa a la colección en que está integrada.

F. J. C.

E. RIPOLL PERELLÓ: *Simposio de arte rupestre*. Instituto de Prehistoria y Arqueología. Barcelona 1966. Diputación Provincial de Barcelona. Barcelona 1968, 310 págs. y numerosas ilustraciones.

Ya dimos cuenta (ZEPHYRVS XVII, pág. 138) de la celebración de esta importante reunión científica celebrada en Barcelona en septiembre de 1966. Las ponencias presentadas a la misma se publican ahora en un magnífico volumen y el interés de las mismas nos invita a dar una breve referencia de las mismas.

En la Sección de Arte Paleolítico, la Dra. italiana, M. O. ACANFORA en *Nuove figure di arte naturalistica della grotte Romanelli*, presenta dos piedras con grabados de animales (¿dos ciervos, un toro y un castor?), cuyo estilo recuerda al del final del Magdalenense occidental y que se continua con el Azilense, con sus haces de líneas entremezclándose, que hace sugerir la presencia de redes o trampas.

El Prof. H. G. BANDI presenta un documentado y sugerente trabajo acerca de "*Art quaternaire et zoologie*", en el que puntualiza que los animales representados deben de ser estudiados de acuerdo con los métodos propios de la zoología: comparación de formas, contraste con las especies atestiguadas osteológicamente y tomar en consideración las realidades de la geografía animal. Así, la representación del elefante del Pindal (Asturias) cree que ha de ser considerado como un mamut por la forma abombada de su cráneo y por su línea dorsal fuertemente inclinada. Claro está, que carece de defensas y de espesa pelambarrera, lo cual hizo dudar a más de un investigador para considerarlo plenamente mamut. Recientemente, G. Echegaray piensa que se trata de un elefante de piel desnuda (*E. antiquus*) y junto con el elefante del Castillo (Santander), los atribuye al Auriñacense. En cuanto a la opinión de Bandi de que el *E. antiquus* se extinguió al comienzo del Würm, posible quizás para Europa, no lo es para la Península, ya que poseemos restos del mismo, posiblemente del Würm I/II, en el musteriense de Cova Negra de Bellús (Valencia). Más convincente es la distinción entre oso de las cavernas (Les Combarelles) y oso pardo (Venta de la Perra), así como la confirmación del carácter de reno de la figura animal grabada en el hueso de Kesslerloch. Es más, la zoología puede demostrarnos que determinada figura representa a un animal mítico. Creo que este camino puede resultar fructífero y se debe establecer esta colaboración con los zoólogos.

El Prof. A. BELTRÁN nos da unas "*Notas sobre la técnica de los grabados de las cuevas de los Casares y Altxerri*", en el que siguiendo el estudio de las técnicas de representación, que emprendí hace años, lleva a cabo una excelente ordenación cronológica de los grabados de las cuevas citadas. En Los Casares el punto crucial, a mi entender, de la ordenación reside en la figura de rinoceronte, realizado a trazo ancho, grueso y con el cuerpo rayado. Su atribución al Solutrense parece aceptable (pero no al antiguo o inferior, que no debió de existir por esas latitudes, sino al Solutrense Superior y más bien tardío), como certifica la espesa pelambarrera propia de un ejemplar de fauna fría. Es interesante observar que la serie de técnicas estudiadas en Altxerri convienen en su mayor parte a la etapa solutrense —aun cuando hay que tener en cuenta que el Solutrense vasco es pobre tardío y muy "gravetizado"—, mientras que las figuras dispuestas sobre un raspado previo podrían ser del Magdalenense IV.

Un problema de evidente interés es la ordenación cronológica de los antropomorfos de Los Casares, ya que Beltrán señala la existencia de dos series (n.º 14 y núms. 16 a 18) anteriores al rinoceronte lanudo y otras tres (n. 168; n. 163; núms. 120 y 60) posteriores a dicha figura. Es decir, que existirían antropomorfos gravetenses además de los magdalenenses, mejor datados que aquellos. Es un problema acerca del cual convendría insistir tanto en la tipología, como en sus rasgos diferenciales.

Del recientemente fallecido Abbé A. GLORY se publica "*L'énigme de l'art quaternaire peut elle être résolue par la théorie du culte des ongonnes?*", en el que se expone una nueva teoría interpretativa del Arte Paleolítico basada en el papel del Ongon entre los pueblos siberianos y su papel en la caza, en la medicina y en varios aspectos de la vida ordinaria.

J. GONZÁLEZ ECHEGARAY en "*Sobre la datación de los santuarios paleolíticos*", propone un método de datación, válido para aquellas cuevas, cuyas representaciones posean "una unidad de estilo y un carácter peculiar", lo que implica que fuesen hechas "de una sola vez" (dentro de varias generaciones). Estudia Las Monedas y Las Chimeneas, la primera con fauna fría de renos, bisontes, cabras y un oso, faltando ciervos y bóvidos, mientras que en la segunda falta la fauna fría y aparente los ciervos y los bóvidos, lo cual implica un cambio radical de clima y permite datar a Las Monedas hacia el Magdalenense IV-V y a Las Chimeneas dentro del Solutrense tardío cantábrico. También ofrece otra posibilidad, que las Monedas fuesen del Solutrense (presencia del reno en Castillo) y las Chimeneas del Gravetense. Por mi parte me permito sugerir una tercera posibilidad cronológica, que Las Chimeneas fuesen Gravetenses y Las Monedas del Magdalenense IV, lo cual me parece más de acuerdo con las técnicas empleadas en esta última.

El Prof. A. LEROI-GOURHAN nos presenta "*Les signes parietaux du Paléolithique supérieur franco-cantabrique*", en el que hace hincapié acerca de la validez de su teoría sobre el bisexualismo formal del arte paleolítico, el cual es una entidad coherente "au même titre qu'une famille linguistique", para lo cual hay que considerar a la masa de figuras conocidas como una familia en cuyo interior pueden manifestarse relaciones estructurales. Estos supuestos le sirven para afirmar que entre el Auriñacense y el fin del Magdalenense no existe un corte radical en el inventario de los temas y por consiguiente que hay una cierta continuidad en el contenido ideológico de ese arte. Lo cual, a mi entender, no es verdad. No es posible suponer el mismo contenido ideológico para el arte auriñacense que para el magdalenense. Las vulvas de La Ferrassie, indiscutibles representaciones de lo femenino, no pueden considerarse con el mismo *valor ideológico* que los desnudos femeninos de La Magdelaine. Necesariamente responden a modos distintos de conocer e interpretar a la mujer y a lo femenino. Entre la sencilla representación del sexo y la expresividad de un desnudo existe no ya sólo un cambio temático, sino también un proceso ideológico distinto, que permite crear bien una, bien otra imagen. Como también son distintos los móviles ideológicos que posibilitaron la creación de la Afrodita de Praxiteles y de las Venus de Tiziano. Si en el plano artístico de la expresión real me parece imposible sostener la existencia de una continuidad ideológica "familiar", más difícil me parece sostener este perdurable "valor ideológico", a través de 20.000 años, de los signos ideomorfos, que en cada nueva cueva nos presentan un nuevo problema. La sistematización que de los mismos ofrece el A. parece aceptable, aunque no conocemos el criterio seguido para su selección, pues mientras vemos que aparece un ideomorfo de Candamo que considera derivado de los "claviformes", no incluye a los grandes "claviformes" de Altamira, que podrían tener un mayor interés para su teoría bisexualista. Tampoco se incluyen ideomorfos tipo Buxu (Asturias), por considerarlos quizás demasiado provinciales. Es posible que en tales omisiones haya tenido el A. el criterio de elegir el ideomorfo "tipo"; no obstante, en ese sentido considero mucho más expresivo y típico que el "claviforme" trianguloide de Candamo, el triángulo grabado de Saint-Cirq (Dordoña) situado entre un

antropomorfo itifálico y una cabeza de bisonte. No creo, suficientemente demostrado, como el A. dice, que el signo femenino se substituya por una herida mortal y el macho por una azagaya, ni que las manos negativas hayan sido substituidas por signos sexuales. El ciervo mugiendo de Candamo, con varios venablos en el cuerpo —según la interpretación más corriente— no predispone mucho a aceptar una explicación metafísica entre “la fecundidad y la muerte del animal”, y más bien ha de considerarse como una representación realista del ciervo que va a morir. En cuanto a las manos en negativo, ¿qué decir de un “santuario” como el de Maltravieso (Cáceres), en el que no aparecen más que manos e ideomorfos, especialmente triangulares, y no existe una sola representación animal?

A pesar de mis críticas y desacuerdos, sigo considerando la teoría del Prof. Leroi-Gourhan como el mayor esfuerzo realizado hasta la fecha para lograr una interpretación general del contenido y esencia del arte paleolítico. Teoría que ha tenido, además, la virtud de echar por tierra toda aquella literatura etnográfica comparativa que, como el humo y el ruido de la pólvora en salvas, impedía ver con objetividad y en su pristina nitidez al arte cuaternario.

De HENRI LHOÏE son dos estudios: “*La plaquette dite de “La Femme au Renne” de Laugerie Basse, et son interpretation zoologique*”, y “*A propos de l'identité de la femme et du bison selon les théories récentes de l'art pariétal préhistorique*”. En el primero demuestra que el animal de la plaqueta de Laugerie Basse es un reno y no un bisonte, como pretenden los partidarios de la teoría que identifica mujer y bisonte. En otro artículo se estudia la identidad mujer = bisonte, base de la teoría mencionada. En Laussel, además de la mujer con el cuerno, existen otras dos figuras de mujeres-portadoras que forman conjunto con aquélla; separar del mismo una figura para probar un aspecto, sin tener en cuenta las otras, parece al A. un poco arbitrario. En el caso de los bisontes y “venus” de Angles-sur-Anglin parece que no existe contemporaneidad entre los unos y las otras y en cuanto a los desnudos de La Magdelaine, se trata de dos mujeres asociadas a dos animales diferentes, bisonte y caballo, que sin duda no pueden representar lo mismo, ya que el primero se identifica con lo femenino y el segundo con lo masculino, lo que no parece una confirmación de la teoría bisexualista. La correspondencia mujer-bisonte de Pech Merle es criticada formalmente por el A., quien supone que las espaldas femeninas no tienen nada que recuerden el lomo de un bisonte y en cuanto a las cinco figuras identificadas como bisontes, no parece que sean tales. Si se añade que esas representaciones femeninas se encuentran recubiertas por una anarquía de trazos, entre los que es posible destacar algún mamut, se puede llegar a la conclusión de que hay que ser algo más prudentes en la identificación de los pretendidos simbolismos.

H. DE LUMLEY presenta dos estudios: “*Le bison gravé de Segriés*” en donde estudia y describe con minuciosidad el bisonte encontrado en una pequeña cueva de Provenza. El segundo, que trata de “*Proportions et constructions dans l'art paléolithique: le bison*”, supone que los artistas paleolíticos “debieron verosímilmente utilizar un modo de construcción más o menos geométrico”, lo cual le lleva a trazar sobre los bisontes una serie de líneas, que unen puntos característicos, medir las distancias, levantar cuadros de abscisas y ordenadas, calcular tantos por cientos y convertir a una obra de arte en una operación matemático-estadística.

En la Sección de Arte Levantino, T. ORTEGO presenta su nuevo descubrimiento, “*Una nueva estación rupestre en término de Alcaine (Teruel)*”, que se encuentra en la “Cañada de Marco”, con escenas de caza y de ganadería, cazadores típicos en lo levantino, mujeres con falda acampanada y personajes de “pantomima”, todo lo cual se encuadra dentro de una “tradicción de cazadores mesolíticos, y en lo más reciente, en la plenitud del Neolítico hispano”.

El trabajo de E. RIPOLL PERELLÓ “*Cuestiones en torno a la cronología del Arte Rupestre postpaleolítico en la Península Ibérica*” plantea una serie de cuestiones cronológicas del mayor interés. Sigo sin comprender por qué “en las grandes representaciones animalísticas

estáticas no es difícil reconocer un *parentesco* con las del arte paleolítico hispano-francés”, el cual había muerto ya muchos años antes de que apareciese el arte levantino. Habría que explicar: ¿por qué solamente los levantinos recibieron en herencia, a través de ese *parentesco*, a los animales estáticos?, y ¿por qué todo el complejo de los signos ideomorfos, que encontramos todavía viviendo durante el Epipaleolítico (placas rayadas de La Cocina) no llegaron a través de ese pretendido *parentesco*?

Sobre los orígenes orientales del Arte levantino, el A. discute algunas de mis hipótesis acerca de las posibles influencias del Mediterráneo oriental (Anatolia y Egeo). Considero problemática la aserción del A. de que el “gran guerrero” de Alpera sea anterior a los torosciervos, pero aceptando la versión del A., tendríamos que “unas grandes representaciones estáticas” son de la cuarta fase de Alpera, es decir, que se encontrarían excesivamente alejadas de ese posible parentesco con lo hispano-francés, tan añorado y defendido por los prehistoriadores catalanes. Acerca de mi cronología baja está el hecho de que el mismo Ripoll insiste en que el jinete con casco de La Gasulla es del s. XII-XI a. C., es decir, que pertenecería a una época cantada en los poemas homéricos, pero ello sería dar una excesiva duración —siete milenios— al arte levantino, lo cual creo que no está en el pensamiento del mismo Ripoll.

En cuanto al problema del arco, acepto con el A. que los de Alpera sean arcos simples semirreflejos o reflejos, pero en todo caso habrá que buscarles un origen fuera de la Península y no precisamente en la Europa epipaleolítica o en el Africa del Norte. Respecto a la coincidencia del área cardial con la del arte levantino, creo que es muy incompleta, pues tanto en las zonas con cuevas cardiales de Cataluña, como en las de Provenza, faltan las pinturas levantinas. No obstante, como considero que estas pinturas arrancan del Neolítico, es posible que el pueblo de la cerámica cardial tenga algo que ver con ellas. Sigo pensando que el área del arte levantino coincide mucho mejor con la de las cuevas funerarias de rito colectivo de la región levantina, cuevas que en Levante desempeñan el mismo papel que los megalitos y cuevas artificiales del Sur y del Sudeste. Pero no es posible alargarnos más en estos problemas, cuyo interés e importancia son evidentes.

Acerca del Arte esquemático del Noroeste, E. ANATI nos da la versión en español de “El arte rupestre galaico-portugués”, que ya conocíamos. De las cinco fases en que encuadra el A. a dicho arte, quizás la I y la II tendrían que ser rebajadas en sus fechas. A parte de la no existencia de yacimientos epipaleolíticos y neolíticos —hasta el momento— en Galicia y norte de Portugal, lo cual dificulta las atribuciones, quedan aún los problemas de contacto con el Arte levantino y las fechas que han de suponerse para este.

En la Sección de Arte Nordafricano y Sahariano, L. BALOUT nos ofrece una valiosa “mise-au-point” de “*L'art rupestre nord-africain et saharien*”, en la que se pone de relieve que sólo existen dos centros artísticos, uno, salido del Capsiense y que dura hasta el Neolítico de tradición capsense, el otro, del Sahara central, dentro de un contexto neolítico original, en relación sin duda con las regiones nilóticas.

El Prof. GRAZIOSI nos habla de “*L'art paléo-épipaléolithique de la Province Méditerranéenne et ses nouveaux documents d'Afrique du Nord et du Proche Orient*”, en donde se aportan nuevos datos a esa hipótesis tan cara al Prof. italiano de una provincia artística mediterránea, que por lo que parece tiene una duración extraordinaria. Así, el arte de La Pileta, Ardales, Nerja y Parpalló, tendría que formar parte de esa pretendida provincia junto con el arte del valle del Ródano y a más el de Italia, para luego seguir por el norte de Africa y adentrarse hasta el Mar Caspio. Para que todo ello fuese aceptable habría que establecer la edad de las cuevas malagueñas, que por mucho que digan los autores no tienen nada que ver con las cuevas del valle del Ródano y menos con las de Italia. Nuestra andaluza Costa del Sol se coloniza durante el Paleolítico superior y Epipaleolítico desde la región cantábrica, bien a través de los pasos meridionales de la Meseta, bien secundariamente desde el Parpalló,

ya que desde el Ebro a Gibraltar no existen relaciones con la Francia mediterránea quizás hasta finales del Epipaleolítico. Además, las pretendidas semejanzas entre el arte del sur de España y el de Italia son debidas a que tienen un origen común y son las versiones marginales de elementos análogos. Pretender en estas condiciones hablar de una "provincia mediterránea" a base de semejanzas de cabezas de toros u otros rumiantes, es desbordar un tanto los límites de una investigación que no tiene más apoyo que relativas semejanzas estilísticas. Además, sabemos que el Norte de Africa es inoperante artísticamente hasta el VIII milenio y el arte capsense tiene muy poco que ver con el del sur de Italia. En cuanto al "reflujo" (nuevo comodín de la Prehistoria) del Arte Levantino español sobre el Cercano Oriente, no tenemos datos que permitan pensar en tal cosa.

En H. LHOTE: "*Données récentes sur gravures et peintures du Sahara*", se añaden nuevos yacimientos rupestres y se establecen unas nuevas fases en relación con las superposiciones, junto con la interpretación de una serie de frescos como el resultado de la emigración desde el este de los pueblos peul, realizada con la colaboración de un etnólogo y de un maliano culto.

F. MORI: "*The absolute chronology of Saharan Prehistoric Rock Art*", pone de relieve las dificultades para la datación de las etapas iniciales del arte rupestre del Sahara. De las fechas obtenidas mediante el C-14 en algunos yacimientos se deduce una cronología absoluta sólo para el final de la 2.^a fase (de las cabezas redondas) y para la 3.^a o de los pastores. La 1.^a y comienzos de la 2.^a quedan sin datar. La 4.^a puede considerarse como el final de las etapas prehistóricas en el Sahara y la 5.^a parece ya plenamente histórica.

Como final a esta larga nota, creo que hay que felicitar al Dr. Ripoll Perelló, no sólo por el éxito del Simposio, sino por la excelente publicación de los resultados del mismo, que ha sido posible gracias a la generosa ayuda económica que la Diputación de Barcelona viene prestando al Instituto de Prehistoria y Arqueología. Si en muchas de nuestras Diputaciones existiese el mismo entusiasmo que en la de Barcelona por las investigaciones prehistóricas y arqueológicas, creo que sería posible llevar a cabo la labor que está reclamando nuestro tesoro arqueológico nacional, que muchas veces se destruye por ignorancia, por desidia oficial y, sobre todo, por la falta de un organismo provincial encargado de su recuperación.

F. J. C.

KRAAY, C. M.-JENKINS, G. K. et alii: *Essays in greek coinage*. Oxford, Clarendon Press, 1968; 268 pp., 33 láms.

Hay tantos problemas y tantas nuevas tesis sustentadas, cuantos capítulos componen este libro hecho en honor del gran conocedor de la numismática antigua, Stanley Robinson. Dos ideas centrales laten a través de los distintos capítulos —17 en total—, elaborados cada uno por un investigador: el agradecimiento a Robinson por sus enseñanzas directas o indirectas y la intención de resolver algunos problemas históricos con base numismática. Es frecuente, por tanto, el aducir argumentos literarios o textos confusos para cotejarlos con los datos proporcionados por las monedas.

C. M. Kraay compara el pasaje de Arist. en la Ath. Pol. 10, donde se describen las reformas de Solón en el sistema de pesos, medidas y monedas, con el texto de Androtion en Plutarco, SOLON, XV, 4, y con la numismática. Muy importante también, desde un punto de vista metodológico, es el estudio de A. R. Bellinger sobre las monedas de electro de Gor-

dión: el análisis de la tipología de anverso y reverso facilita las conclusiones sobre la prioridad de unos tipos y los evolucionados a partir de aquellos, las comparaciones y paralelos existentes con otras monedas. Las "wappenmünzen" ya muy estudiadas, sobre todo por Seltman, reciben nuevas aclaraciones por obra de R. J. Hopper; trata separadamente los dos problemas que considera fundamentales: El puramente numismático (orígenes, fecha, motivos estilísticos) y el arqueológico-histórico sobre el significado de las series. Después de aludir a los dos problemas restantes —el de la fecha por el estilo cuando es factible y el de la interpretación de los grupos—, considera de lleno la cuestión de la unidad que presentan las series. E. J. Raven quiere dar argumentaciones más convincentes sobre los problemas de los primeros buhos de las monedas en Atenas; los métodos empleados y los argumentos aducidos son tantos como los problemas estudiados: Comparación con otros sistemas monetarios griegos, tablas estadísticas, argumentación artística, explicaciones de historia económica y política. Herber A. Cahn mantiene una actitud muy valiente al plantearse muchos más problemas de los generalmente conocidos en torno a la primera cronología tarentina; pueden quedar aspectos por resolver en sus opiniones, pero el camino seguido nos parece perfectamente aceptable: No se queda en puras descripciones de detalles y técnicas de las monedas, sino que hace una crítica de las representaciones e inscripciones, aduce textos literarios, y explica la evolución y variedad de las series anotando las lagunas. J. P. Barron nos aclara una de las muchas lagunas de las fuentes antiguas con su estudio sobre los discóbolos de las monedas de Cos del s. V: La tradición del discóbolo en estas monedas en recuerdo del festival de Apolo en Triopion en las Knidias, donde participó la pentápolis doria, nos ayuda a entender las relaciones Atenas-Cos durante los años cruciales del Imperio Ateniense, en que la mayoría de las ciudades cesó de acuñar moneda. Otro tema muy diverso es abordado por M. Jessop Price al estudiar la variedad de problemas implicados en la primitiva moneda de bronce en Grecia, tanto los puramente numismáticos como los históricos. David M. Lewis no hace un estudio definitivo sobre la proporción de oro y plata en la numismática griega, pero presenta un avance con una amplia tabla, que nos introduce con perfecta claridad en lo intrincado de esa difícil cuestión. El estudio de W. Schwabacher sobre los retratos de las monedas licias presenta el interés de darnos a conocer los influjos artísticos y de hechura tanto griegos como orientales, la variedad de los retratos y la identificación de las representaciones. A través del conocimiento de las trihemidracmas de Corinto, de que nos habla Jennifer Warren, podemos conocer muchas de las dificultades de la numismática de esta ciudad: Cronología, tipología, asociaciones entre numismática e historia, arte de la cerámica reflejado en las monedas... G. K. Jenkins trata las monedas de electro de Siracusa e incluye un catálogo provisional de ellas, que es sumamente útil para el que desee hacer ulteriores estudios, además de ayudar a comprender el texto. Las monedas acuñadas durante el reino de Lisímaco son las que estudia Margaret Thompson, haciendo una historia de la época y los paralelos de tipología, lectura, símbolos... de las monedas. A. H. Seyrig le corresponde tratar los símbolos de las tetradracmas y otras monedas de Bizancio y Calcedonia en época helenística. Un buen ejemplo de la numismática como fuente para la historia nos es ofrecido por W. P. Wallace: Fuera de lo que sabemos por las monedas, desconocíamos totalmente al tirano de Karistos, de quien se nos habla; los argumentos de Wallace se presentan convincentes para probar la existencia de un tirano —de nombre desconocido— en Karistos en el s. III. Nadie mejor que H. B. Mattingly puede hablarnos de las monedas romanas con representaciones de victorias, por ser él uno de los mantenedores de las discusiones sobre este tipo de monedas; aceptable o no el conjunto de sus ideas, no cabe duda de que demuestra un perfecto conocimiento de los problemas. Un problema semejante al de Wallace, aborda Georges Le Rider: Las fuentes se presentan confusas sobre la existencia en Creta de ciudades de nombre Arsinoe; pero, con el estudio de la numismática, logramos aclarar estas dificultades. El último capítulo del libro

corre a cargo de Otto Morkholm, con una discusión sobre las series de monedas de Ariarathes VIII y de Ariarathes IX de Capadocia, en el que tampoco falta una interpretación histórica facilitada por los datos de las monedas.

Se cierra el homenaje a S. Robinson con un catálogo de las obras publicadas por él, clasificadas en orden cronológico. Para concluir, hay que decir que el libro presenta un marcado carácter científico y que sus contribuyentes demuestran siempre una minuciosidad y perfecto conocimiento de todos los problemas del mundo de la numismática.

J. MANGAS

ANTONIO BELTRÁN MARTÍNEZ: *Arte Rupestre Levantino*. Monografías arqueológicas IV. Seminario de Prehistoria y Protohistoria. Facultad de Filosofía y Letras. Zaragoza, 1968. 260 págs. y 156 figs.

Hacía falta un libro de síntesis sobre el Arte Rupestre Levantino y hemos de agradecer al Prof. Beltrán el haberlo hecho y editado en su Seminario, lo cual implica un doble esfuerzo, científico y económico. El A. estudia en él, con abundante documentación gráfica, especialmente fotográfica, los 102 yacimientos conocidos con arte levantino, que recoge y sitúa perfectamente en un mapa. Tras un prólogo en que da cuenta de sus trabajos de estos últimos años, nos introduce en las características del arte levantino y nos relata brevemente la historia de su descubrimiento y el proceso de su elaboración. Estudia después la técnica de este arte, que alguna vez utiliza el grabado, aunque en realidad es un arte esencialmente pictórico. La temática se analiza con cierta amplitud, señalando que es un arte esencialmente de escenas. Distingue entre las representaciones de animales muy naturalistas y las humanas, menos naturalistas y más estilizadas. Es interesante que el A. recoja los tres "enmascarados o hechiceros" y señale paralelos con "los grabados italianos de Val Camonica y en Libia", lo cual dificulta un tanto esos pretendidos orígenes epipaleolíticos que el A. propugna. También pone de relieve al jinete del Cingle de la Gasulla, que cree plantea un problema cronológico, "debiéndose llevar tales pinturas hasta la Edad del Bronce". A pesar de todo ello y de los restantes argumentos expuestos por mi (Zephyrvs, XVII), el A. insiste en un origen mesolítico.

En cuanto a su desarrollo el A. expone un sistema cronológico-cultural, que en parte paraleliza al expuesto por Ripoll, con las siguientes fases: I. Fase antigua o naturalista, de tradición auriñaco-perigordense, contemporánea del Epipaleolítico (6.000-3.500), con animales de tamaño grande. II. Fase plena, con desaparición de los toros y abundancia de ciervos y cabras, aparición de la figura humana, escasamente naturalista. A partir del 4.000. III. Fase de desarrollo, entre el 3.500 y el 2.000, contemporánea de los llanos litorales. Movimiento y dinamismo. IV. Fase final con vuelta al estatismo y tendencia esquematizante, con escenas agrícolas, domesticación de animales y jinete. Entre el 2.000 y el 1.200.

Este desarrollo tiene el inconveniente de asegurar para las figuras de toros de tamaño grande una edad muy antigua, que, como ya he señalado, no es posible sostener, como se observa fácilmente en Cantos de la Visera y en Alpera. Estas figuras son *necesariamente* más recientes y no se puede formar una fase antigua con ellas. Es más el desarrollo del arte rupestre levantino se hizo de sur a norte y desde la zona costera hacia el interior, por lo que los toros de Albarracín han de ser por consiguiente de una etapa tardía o quizás final.

También me parecen excesivos el número de años para el desarrollo de un arte tan limi-

tado en espacio, en temas y en estilos. Entre el 6.000 de los comienzos y el 1.200 del final, hay cerca de 5.000 años que me parecen excesivos para todo el ciclo del arte levantino. Claro es, que todo ello es consecuencia de querer entroncarlo con el arte paleolítico hispano-francés y de no querer ahondar en las posibles relaciones con el mundo mediterráneo postneolítico y de la Edad del Bronce. El A. ya sabe que disintimos profundamente en estos problemas cronológicos. Las conclusiones a que llega, demuestran en cierto modo, que si bien no acepta en su totalidad mi cronología baja y heterodoxa, el A. se ve obligado a prolongar la vida de este arte hasta "el Neolítico y la Edad del Bronce".

Una completa bibliografía acompaña a cada yacimiento, lo cual unido a las numerosas ilustraciones, hará que sea este libro imprescindible para todo estudioso de nuestro arte rupestre.

F. J. C.

DOMINIQUE SACCHI: *Données nouvelles sur le Paléolithique Supérieur du département de l'Aude*. Atacina, 3. Carcassonne 1968. 32 págs. 12 figs. y 4 láms. fotográficas.

El presente trabajo de Dominique Sacchi constituye un avance de otro más detenido que la A. imaginamos realizará sobre la región de Aude. En el que a continuación pasamos a reseñar, se nos ofrece un breve, pero cumplido resumen, de los yacimientos conocidos en aquella región.

De su parte N., por los alrededores de la Montaña Negra, se citan una serie de yacimientos de atribución incierta a alguna fase del Magdaleniense y se ofrece una muestra de su material lítico. Más explícito es el yacimiento de Lassac con una variada tipología lítica en la que la presencia de raclettes nos aclara un horizonte cultural perteneciente al Magdaleniense I. El Magdaleniense II o III aparece representado en el yacimiento de Canecaude. Al primero parecen pertenecer los variados triángulos, mientras que el material óseo es propio de un Magdaleniense III. La A. se inclina por este último para el conjunto del yacimiento, que ofrece una magnífica tipología lítica y ósea, aparte de objetos de adorno y colorantes.

Siguiendo la conocida división francesa del Magdaleniense, la A. pasa a tratar los yacimientos del Magdaleniense Superior. La gruta de Gazel ofrece una industria ósea particularmente interesante: azagayas de un solo bisel, bicónicas y decoradas, un posible estuche y varillas de sección semicircular. Dignos de destacar son los bastones de hueso perforados y decorados, pero lo es mucho más un fragmento de omoplato en el que con magníficos trazos magdalenienses se han grabado sus caras. En una de ellas aparecen los cuartos delanteros de un caballo y en la otra una cabeza del mismo animal. Ambos grabados aparecen rodeados de incisiones longitudinales y transversales paralelas. Todo el conjunto es del Magdaleniense IV.

En el S. del departamento de Aude nos encontramos con la gruta de l'Oeil, con una buena representación de los arpones del Magdaleniense VI, y con el yacimiento de Belvis, del que Dominique Sacchi nos ofrece un nivel Magdaleniense.

Siguiendo a la A., el conjunto de yacimientos repartidos a lo largo de las dos arterias fluviales de l'Aude, los ríos Aude y Agly, permiten establecer la siguiente secuencia:

	<i>N. de l'Aude</i>	<i>S. de l'Aude</i>
Magdaleniense I	Lassac	
Magdaleniense II		
Magdaleniense III	Canecaude	
Magdaleniense IV	Gazel	
Magdaleniense V		
Magdaleniense VI		L'Oeil

Pero D. Sacchi cita la existencia de puntas de muesca del Solutrense Superior francés en los Pirineos Orientales y un campamento al aire libre de época Auriñaciense en la vecina región de Herault. Esperamos que la futura investigación de la A. llene los vacíos estratigráficos que la región de Aude ofrece hoy.

No queremos finalizar esta reseña sin señalar que el material de todos los yacimientos está debidamente presentado en 12 láminas de buenos dibujos.

F. J. FORTEA

PILAR ACOSTA: *La Pintura Rupestre Esquemática en España*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Salamanca. Vol. I. Salamanca, 1968. 250 págs., 61 tablas de figs. y 22 mapas.

Con el presente volumen, el Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca, inaugura una serie de memorias monográficas sobre diversos temas de interés prehistórico y arqueológico. Su iniciación, ha correspondido a la tesis Doctoral de Pilar Acosta, que constituye una puesta a punto de uno de los temas más descuidados de la Prehistoria Peninsular: La pintura esquemática.

Tras una exposición inicial del estado del problema, la Dra. Acosta pasa a analizar el complejo pictórico esquemático haciendo gala de una gran precisión de método, ya que el tema no es estudiado globalmente, sino desde un punto de vista tipológico. La A. ha desglosado el conjunto artístico que estudia en treinta y tres esquemas-tipo, que incluye en cinco capítulos: La figura humana, la figura animal, ídolos y estelas, objetos y otros motivos. Cada uno de estos esquemas-tipo está sólidamente tratado ya que se analizan, con abundante material gráfico, casi todas sus representaciones dentro del área de dispersión de la pintura esquemática, se aducen sus orígenes y paralelos, su cronología y su distribución geográfica en un mapa.

Lo ya expuesto da de por sí idea del esfuerzo ordenador que la A. ha desplegado. Desde la publicación de "Les peintures rupestres schematiques de la Peninsule ibérique" de Breuil, obra verdaderamente monumental, la bibliografía arqueológica española sólo había añadido breves estudios sobre nuevos descubrimientos rupestres. De esta forma, sólo poseíamos un preciso y voluminoso dossier en el que, abrigo por abrigo y cueva por cueva, se describían las pinturas y se reproducían sus calcos. Este ha sido el material que la A. ha manejado, y nos ha ofrecido una objetiva tipología del arte rupestre esquemático, esto es, un cuidadoso, metódico y ordenado estudio. Pero el ceñido marco de la tipología, está superado por el estudio de los paralelos, la cronología y la distribución geográfica, aunque quizá veamos la pintura esquemática demasiado separada del entorno cultural sincrónico: Megalitismo, vaso campaniforme y todo lo que constituye el Bronce I. Si la cultura es una totalidad y el arte una de sus manifestaciones, nos hubiera gustado ver a la pintura esquemática menos desvinculada. No obstante, el libro que reseñamos constituirá una base fundamental para el inicio de posteriores estudios.

En el capítulo VI y en las páginas finales, se nos hace una reconstrucción del horizonte cultural del fenómeno esquemático, y la A. nos muestra un estadio económico-social en el que la caza y la lucha han dejado de ser preocupaciones fundamentales en el momento de plena madurez de las gentes que nos dejaron esta manifestación artística. Nos encontramos ante una sociedad compleja y organizada que labra la tierra, domestica a los animales y pudiera ser que tuviera una incipiente ganadería. Mantiene contactos comerciales intensos con Oriente, tiene una fuerte influencia religiosa oriental, ligada al culto de la Diosa Madre o "Diosa de los Ojos", y quizá a lo largo de su evolución, fue llevando su arte a "una escritura pictográfica que por causas ajenas no llegó a desembocar en sus consecuencias finales".

Dejamos para el final el problema de la formación de la pintura esquemática, cuyos focos difusores fueron, según la A., aquellos que tenían más facilidad de relación mediterránea: esto es, el Sudeste, Guadalquivir, Guadiana y Tajo.

La Dra. Acosta maneja los conceptos "esquematismo" y "fenómeno esquemático". Por el primero entiende "la estilización y esquematización de formas alcanzada por degeneración progresiva de motivos ya existentes en la pintura rupestre autóctona, que precede directamente a la esquemática". Por el segundo entiende "el producto y consecuencia de la fusión de los elementos autóctonos y los importados" orientales. Esto último queda perfectamente valorado en el estudio de cada esquema-tipo, donde se buscan paralelos en materiales muebles mediterráneos, para concluir con una fecha en torno al Bronce I para el "fenómeno esquemático".

Pero el concepto "esquematismo" nos obliga a hacer una serie de consideraciones. Dentro de la denominación 'pintura esquemática', se incluyen manifestaciones que van desde el naturalismo al esquematismo, pasando por el seminaturalismo y el semiesquematismo, que la A. da como pertenecientes al Bronce I. Pero uno y otro implican concepciones mentales tan distintas que nos impiden considerarlo como pertenecientes a una misma cultura. Si nos atenemos a las representaciones, similares a los motivos pictóricos, de los materiales muebles del Bronce I hispánico, vemos que su estilo es puramente esquemático. Por ello quizá nos atreviéramos a decir que la esquematización total pertenece al Bronce I, y que aquellas pinturas más naturalistas corresponderían a una época anterior a los inicios de la Edad del Bronce.

Su naturalismo estilizado nos hace pensar, en un principio, en aquel mismo estilo levantino. Pero ya sea este arte epipaleolítico, como propugnan Amagro y Ripoll, o neolítico como quiere afirmar Jordá, ambos fenómenos culturales parecen no penetrar mucho hacia tierras francamente interiores. Aún más, el arte levantino parece ser, en un momento avanzado, "una provincia autónoma" ya que la región levantina no fue terreno abonado al impulso metalífero del Bronce I.

¿Podría buscarse su explicación en las posteriores oleadas neolíticas? La comprobación arqueológica parece hoy francamente difícil y quizá la respuesta, relativa, eso sí, la dieran unos análisis estilísticos que para el complejo artístico estudiado nos hubiera agradado que la A. hubiera hecho.

Así pues, por un camino de reflexión distinta, abocamos a una afirmación del concepto "esquematismo", solo que si se nos aceptara lo anteriormente dicho estaría más lleno de realidad. Pura hipótesis, ya que no se podrá aceptar hasta que no se compruebe. Por tanto, el "esquematismo" es más un concepto explicativo que una realidad arqueológica. La formación inicial de la pintura esquemática queda ingeniosamente explicada, pero su demostración material, la evidencia arqueológica, queda aún por resolver. Pero quizá estemos pidiendo a la Dra. Acosta respuestas que no pudo dar desde el material con que inició su magnífica síntesis. Imaginamos que de ahora en adelante, sólo se podrán completar las líneas maestras que se exponen para el "fenómeno esquemático". La inicial formación de esta pintura parece constituir hoy un problema tan arduo como el de la levantina.

F. J. FORTEA

FINLEY, M. I.: *Aspects of Antiquity. Discoveries and Controversies*. Chatto & Windus, London 1968, 228 págs. y VIII láminas.

Un nuevo libro de Finley aparecido en 1968, al que hay que sumar la obra sobre *Ancient Sicily*, cuya recensión hemos hecho en *Emerita* (1969). Allí indicábamos la personalidad tan señera que es Finley en el campo de la Historia Social y Económica de la Antigüedad, y el

valor que como obras de ensayo encierran algunas de sus últimas publicaciones, redactadas con gran amenidad y claridad de exposición. Son de gran utilidad para la divulgación de los problemas del mundo antiguo, aunque no sean auténticas obras de investigación, limitándose el autor a exponer, clara y sucintamente, aspectos esenciales de interesantes situaciones históricas de la Antigüedad, que han sido exhumadas merced a la intuición de grandes científicos. Tal es el caso del capítulo en que nos habla sobre el Micénico, de escasa novedad para quien ya conoce la obra de Ventris.

Estos ensayos, como Finley mismo les llama, abarcan aspectos muy dispares de la Antigüedad, y tienen ese carácter de bosquejo que tanto gusta al autor para ofrecer una visión muy concreta de algunos puntos de la cultura antigua. Se extienden desde la arqueología de Creta y Troya hasta la filosofía de Sócrates y Platón, de los etruscos a los comienzos del cristianismo. Todo ello se comprende al pensar que, menos uno, el resto de los capítulos de los que se compone la obra fueron publicados anteriormente en revistas de muy distinto tipo (*The Listener*, *The New Statesman*, *The New York Review of Books*, *Horizon*).

Intentando dar una visión de conjunto, diremos que los siete primeros artículos están dedicados al mundo griego. Poco, como ya hemos dicho, puede comentarse, a no ser el que las nuevas teorías e ideas originales, imperantes hoy en día para la revisión de ciertos aspectos históricos, figuren en el centro de todos los ensayos. Así, el hablar de Creta como un descubrimiento tras el desciframiento de las tablillas, o el artículo dedicado a la confirmación que la arqueología viene atribuyendo a Homero; igualmente presenta a Tucídides como un moralista formado en la escuela hipocrática (para este caso no consulta ninguna bibliografía, tal es el carácter de ensayo). Dos capítulos dedica a los etruscos, y son quizá lo más original y propio de la obra, puesto que los problemas que Etruria plantea son aun muchos, junto con los tres que dedica a los comienzos del cristianismo, en los que trata de desvelar ciertos problemas a la luz de los escritos y de la doctrina evangélica. De los cuatro capítulos de tema romano sólo merece ser resaltado el referente a Aulio Caprilio, traficante de esclavos, interesante estudio social de corte clásico.

El libro de F., en resumen, es una buena y sencilla aportación para divulgar popularmente la historia de la antigüedad clásica. Presenta algunos problemas y las nuevas soluciones sin aportar hipótesis originales, como de él esperaríamos. La redacción es amena, ágil y atrayente.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

BLÁZQUEZ, J. M.^a: *Tartessos y los orígenes de la Colonización Fenicia en Occidente*, Acta Salmanticensia 58. Universidad de Salamanca, 1968, 264 págs. y LXXXVIII láminas.

Para todos cuantos asistieron al Congreso que se celebró durante el mes de septiembre pasado en Jerez, organizado por el Instituto de Arqueología de Barcelona, sobre *Tartessos y sus problemas*, todavía están recientes todos los intentos y esfuerzos por efectuar un nuevo estudio y revisión acerca de tan atrayente y problemático tema: la civilización tartésica. El libro de Blázquez, creemos, viene a abrir grandes posibilidades para el examen de toda la cuestión referente a Tartessos. No ha sido otra la intención del autor, pues, como afirma, "las recientes excavaciones están suministrando grandes cantidades de materiales que obligan a revisar a fondo la interpretación de las fuentes, los orígenes de la colonización semita, la influencia etrusca, el comercio griego y las relaciones con el Norte de Africa".

En la primera parte de su obra Blázquez realiza un minucioso análisis de las fuentes literarias sobre Tartessos. Esta fue precisamente la ponencia que el autor presentó al men-

cionado Congreso. Tales fuentes, tan conocidas ya por todos, están cuidadosamente examinadas. Dos detalles me interesa resaltar: la impecable utilización de las fuentes bíblicas sobre Tarshish, que nos ilustran en torno a la interpretación de algunos problemas de la colonización fenicia (B. se inclina por aceptar la tesis de Barnett, reconociendo que los textos bíblicos se explican más fácilmente si se admite que la Tarshish bíblica se sitúa en la India), y el valor económico de estos testimonios antiguos, que el autor sabe muy bien poner de manifiesto. En cuanto a los orígenes de esta colonización, el autor parece inclinarse por el s. XI, al menos para el caso de Sicilia y Cerdeña, que estudia con mención de las fuentes. La tesis de Beloch (s. VIII), seguida por Carpenter, queda descartada. De todas formas, la cuestión de la cronología queda un poco imprecisa (cf. nota 2 de págs. 37-40). Las referencias a la lingüística, empleadas para el análisis de algunas de las fuentes, al igual que hace en las conclusiones al tratar de ciertos pueblos hispánicos, presentan algunas omisiones (así el artículo de López Eire sobre los topónimos en -nthos y -ssos, *Zephyrus* 1967, o el libro de Manfred Faust, *Die antiken Einwohnernamen und Völkernamen auf -itani, -etani. Eine Untersuchung zur Frage des westmediterranean Substrats*). Con todo, el empleo de la lingüística es siempre de una eficaz aplicación.

Toda la hermeneútica de fuentes se ve magníficamente complementada con el estudio de los documentos arqueológicos que atestiguan la presencia de los fenicios en Occidente (cilindro-sello de Vélez-Málaga, escarabeo de Lixus, sello de oro de Cádiz, monogramas de ancla de Cartagena, ánfora de Lora del Río, anillo signatario de la Puerta de Tierra y el vaso de boca de seta de Torre del Mar), correctamente dibujados y desarrollados junto con la bibliografía pertinente. Sobre el ancla de Cartagena cita la opinión de Luzón, en contra de la de Solá Solé, de que no se trata de un ancla de plata, como podía deducirse de los textos de Diodoro. Estos siete testimonios arqueológicos confirmarían, según el autor, la veracidad de las fuentes sobre la presencia en el 1.100 a. C. de los fenicios en esta zona del Mediterráneo.

El núcleo central de la obra lo constituyen los objetos tartésicos, o bien considerados como tales, ya que, como indica el autor, "en captar la verdadera esencia y personalidad de Tartessos trabaja intensamente la Arqueología española en los últimos años con notable éxito. Un grupo de investigadores al examinar materiales arqueológicos en parte inéditos, en parte ya conocidos, pero mal analizados, ha llegado a conclusiones semejantes desde distintos aspectos de un mismo tema". A partir de aquí comienza a estudiar con un conocimiento muy exacto el material vinculable a la cultura tartésica y a sus relaciones mediterráneas. El conocimiento de ello se debe, en gran parte, a trabajos de García y Bellido, Almagro, Maluquer, Blanco, Pellicer, Cuadrado, Schüle, Kukahn, Schubart, etc., y del propio autor. El material que analiza, asignado a la cultura tartésica o importado por colonos que comerciaban con los tartessos, es muy variado: los objetos en metal (jarros globulares y de otras formas, con el área de dispersión y origen de la forma, broches de cinturón, bronce votivos, bocados de caballo, vasijas y recipientes rituales); orfebrería, con muy buenas reproducciones, en especial de los tesoros de la Aliseda y el Carambolo; los marfiles, estudiados tipológica y temáticamente; arquitectura, cerámica, estatuilla y vasos de alabastro.

Todos estos objetos aparecieron, salvo algunos de procedencia incierta, dentro del área que señalan las fuentes para Tartessos; en tal sentido están estudiados por el autor. Otros se recogieron en zonas bastante cercanas (jarro de Coca, bronce del Berrueco). La influencia fenicia se destaca en el caso de los marfiles, y el influjo etrusco se pone de manifiesto en diversas piezas, estructuras y prototipos. Como ya hicimos notar, en todo momento se emplean unas magníficas reproducciones y dibujos, se contrastan los comentarios y opiniones de los diversos autores y se agota prácticamente la bibliografía.

El capítulo de las conclusiones es de gran elocuencia puesto que se vuelve a insistir sobre parte de los problemas ya tratados, y se asigna un lugar especial al problema de la localización

de la ciudad de Tartessos y a los contactos que mantuvo con griegos y cartagineses. El autor se adhiere a la tesis de García y Bellido, Blanco y Maluquer, de identificar a Tartesos con un período orientalizante paralelo al de Etruria, Grecia y Cartago; la hipótesis de la localización de Tartessos en la Ría de Huelva, argumentada por Luzón, parece encontrar eco en B.

Con un addenda sobre trabajos publicados durante la impresión de la obra, 88 láminas excelentes y cuatro índices muy provechosos se completa este magnífico trabajo de B. que, realmente, nos parece indispensable como punto de partida para cualquier nuevo estudio que pretenda hacerse sobre el particular. He aquí pues la obra de un verdadero investigador, cuya sistematización y bibliografía tendrá que consultarse a la hora del estudio de la civilización tartésica.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

Les origines de la République Romaine. Fondation Hardt pour l' étude de l' Antiquité Classique. Entretiens, Tome XIII. Vandoeuvres-Genève, 1967.

La fundación Hardt, a cuyo mecenazgo debemos inmejorables publicaciones en los campos de la literatura, el arte, la historia y la arqueología clásicas, recoge en un nuevo volumen el resultado de nueve disertaciones, seguidas de enjundioso coloquio, sobre los orígenes de la República Romana. El destacado interés que siempre encierran las obras de la Fondation Hardt reside en el hecho de que, para el tema elegido referente a la Antigüedad clásica, concurren los investigadores que más han contribuido a la renovación de tales estudios. En el presente caso, el plantel de los participantes es verdaderamente excepcional: Gjerstad, Brown, Riis, Heurgon, Gabba, Hanell, Momigliano, Alföldi y Wieacker. Los profesores Waszink y van Berchem tomaron parte únicamente en los debates, el primero de ellos como presidente-moderador.

El tema de los orígenes de la República Romana ha sido objeto de infinidad de trabajos en los últimos años, y las conclusiones todavía no son, en muchos casos, definitivas. Esto se comprueba enseguida al observar el enorme interés puesto por todos los especialistas que participaron en este *symposion*, intentando esclarecer las posturas críticas de los conferenciantes. Imposible es ni siquiera resumir las nueve aportaciones sobre el particular, aunque eso sí, intentaremos ofrecer las tesis más sobresalientes.

El profesor Einar Gjerstad (*The origins of the Roman Republic*) acometió la exposición introductoria, defendiendo su original interpretación de algunos sucesos, como las primitivas monarquías y que el triunfo político fue puramente etrusco, pero en especial una nueva cronología: el paso a la República acontece en el 450, y del 450 al 366 transcurre la fase inicial de la República. Frank E. Brown, director de la academia americana (*New Soundings in the Regia: the evidence for the Early Republic*), gracias a las excavaciones que efectuó en 1964 y 1965 ha podido reconstruir el plan de la primera *Regia*, fechándolo en los comienzos de la República; su presentación es nueva y de gran utilidad, merced a estas excavaciones, que aparecen publicadas junto con dos impecables planos. El autor defiende en el coloquio el μέγαρον -type para *Regia*, como general de todo el N. de Europa y que se encuentra en Troya I y II, introducido a través de Anatolia. Mediante un análisis metódico y minucioso de la evolución de las artes plásticas en Italia, P. J. Riis (*Art in Etruria and Latium during the First Half of the Fifth Century B. C.*), arroja nueva luz en el complejo juego de influencias griegas y etruscas que actuaron sobre la Roma de los Tarquinius y sobre la incipiente República. El año 509, que fue el de la dedicación del templo capitolino, es para Heurgon, según apuntó en el coloquio, el que las fuentes tradicionales señalan para la expulsión de

la monarquía, y así lo acepta, pese a que Gjerstad opina que en tal fecha Roma poseía aun un régimen monárquico. Pero en tal año, piensa, aún no se ha producido una ruptura con el mundo etrusco. Tras este interesantísimo debate llega la comunicación de Heurgon (*Magistratures romaines et magistratures étrusques*), de la que se deduce que la influencia etrusca fue particularmente sensible en el dominio de las instituciones, y ello nos facilita un mejor examen de los elementos originales de la construcción política romana. De acuerdo con Pfiffig, se acepta por Heurgon la datación baja de las inscripciones de Pyrgi (principios del s. V), y Riis suscribe esta misma opinión. Alföldi es partidario de rebajarlas hasta la segunda mitad del V; el *praetor maximus*, aproximación, debida a los primeros analistas, al στρατηγός ὑπάτος (opiniones de Heurgon y Gabba), piensa que pudo ser remplazado, algunos años después del 509, por dos *praetores maximi*, los cuales tras el 449 tomaron el nombre de *consules*. La identificación del *praetor maximus* con el dictador, señalada por van Berchem, es aprobada por Heurgon en el sentido de que algunos reyes actuaron más como tiranos, al estilo griego, que como reyes. La tesis de Beloch, según la cual una dictadura anual precedió al consulado, no es aceptable por tratarse de una magistratura excepcional a la que no se recurría más que en caso de urgencia.

Estas cuatro comunicaciones que acabamos de reseñar constituyeron las consideraciones preliminares. El tema central de la reunión es ya abordado de firme por el profesor Emilio Gabba (*Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica*), que sometió a una exacta crítica las tradiciones históricas y literarias sobre los orígenes de la República. La comunicación de Gabba tiene el gran interés de demostrar la posibilidad de que existiese una historiografía griega que se ocupó, más antiguamente de lo que se imaginaba, de Roma. Igualmente la figura de Numa pudo, desde el s. V, aparecer más consistente en relación con el auge del pitagorismo. Como Gabba y Alföldi reconocen, Fabio Pictor debió de utilizar materiales de origen griego y reelaboraciones propias en la narración de la edad regia. En cambio, en la redacción final de los *Annales Maximi* túvose más en cuenta el material analítico. La transmisión de las tradiciones propiamente romanas se documenta por las inscripciones, las crónicas familiares, la copia anual que los pontífices hacían de la *tabula dealbata* en los *annui commentarii*, etc. El profesor Krister Hanell (*Probleme der Römischen Fasti*) somete del mismo modo a una perfecta crítica lo que nos queda de los *Fasti*, fuente fundamental para la cronología de esta época y para el conocimiento de la naturaleza de las principales magistraturas. La autenticidad de los magistrados epónimos incluidos en los *Fasti*, la admite Werner desde 474; ello es válido, cree Alföldi, no sólo para las personas sino también para los *Fasti* en general y la existencia de la República.

¿Cual fue, con el advenimiento de la República, el papel de los patricios y el de los plebeyos? A estas cuestiones el profesor Arnaldo Momigliano (*Osservazioni sulla distinzione fra patrizi e plebei*) ha aportado soluciones difíciles de conciliar, en más de un punto, con las teorías esbozadas por A. Alföldi (*Zur Struktur des Römerstaates im V. Jahrhundert*) para reconstruir las estructuras del Estado Romano en el siglo V. Entre estos dos científicos y sus colegas se entabló un animado coloquio, que se desarrolló conjuntamente tras las comunicaciones de ambos. De los relatos de los profesores Alföldi y Momigliano se destaca la idea de que la transformación de la *classis* en cinco clases fue obra de los tribunos con potestad consular. Este proceso histórico debió de concluir en la segunda mitad del siglo V, datación propuesta por Alföldi, con una estructuración más articulada del ordenamiento centuriado. Dos puntos pone de manifiesto Momigliano: que los patricios no hubieran podido subsistir sin el apoyo de la *classis*, que por tanto no pudo ser en sus comienzos plebeya o filoplebeya, y que las instituciones de la plebe no son las mismas que las de la *classis*; los tribunos de la plebe no son tribunos de la *classis*, y estos últimos tomaron el nombre de las tres tribus gentilicias.

En su opinión, el *concilium plebis* estaba constituido por representantes tanto de las tribus urbanas como de las rústicas.

Finalmente, el ilustre romanista de Göttingen, Franz Wieacker (*Die XII Tafeln in ihrem Jahrhundert*) resalta magistralmente ese monumento capital de la civilización romana en el siglo V que son las leyes de las XII Tablas. No se puede ya negar que, sin duda, existió una influencia griega, procedente del Atica y de Calcis por medio de Cumas, en las XII Tablas, especialmente en lo referente a la reglamentación del lujo en los funerales y sepulturas. La tradición sobre la embajada a la Atenas de Pericles es incierta, y se tiende a pensar más bien en una influencia griega general sobre Italia misma. Hay que agradecer también a Wieacker su análisis histórico y lingüístico que nos depara, entre otras, la distinción entre *adsiduus* y *proletarius*. Los primeros son los domiciliados, pertenecientes a la *classis*, que poseían bienes raíces; los *proletarii infra classem* carecían de ellos.

Este volumen, en definitiva, es el resultado de todas estas comunicaciones y su posterior discusión entre los congresistas citados. La interpretación de cada uno de los temas acusa fuertes controversias, y ahí se halla todo el valor del libro. De la luz que se ha proyectado sobre esta etapa de la Historia obtendrán indudables servicios latinistas, historiadores y arqueólogos. Este es el mejor elogio que puede dedicarse a una obra como la reseñada.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

R. STIGLITZ: *Die Grossen Göttinnen Arkadiens. Der Kultname Μεγάλοι θεαί und seine Grundlagen*. Osterreiches Archäologisches Institut in Wiens, XV, Viena 1957. 180 páginas y un mapa. 21 x 30.

En este trabajo trata el autor de estudiar los problemas relacionados con el culto de las Grandes Diosas (*Megálai Theaí*) fundamentalmente en Arcadia. La importancia de cultos que en época histórica perviven en Arcadia se justifica por el hecho del aislamiento de esta región que sugiere conservación de formas de culto y tradiciones religiosas de carácter marcadamente arcaico. Hasta ahora, por ejemplo, se ha venido considerando que el culto de las *Megálai Theaí* en Megalópolis constituía un ejemplo claro de un antiguo culto a dos divinidades femeninas, madre e hija. Así se asociaban las *Megálai Theaí* a las diosas de Eleusis, y, por tanto, al culto de Demeter. M. P. Nilsson en *Geschichte der griech. Religion* I² págs. 477 sgs. expone que el culto a las *Grandes Diosas* es una de las numerosas "Merkwürdigkeiten" de los cultos de Arcadia. Ambas divinidades femeninas son para Nilsson diosas de la naturaleza (cf. pág. 481). Sin embargo, considera que la pareja está constituida, en principio, por Demeter y otra diosa. El problema es si originariamente esta "otra diosa" es hija de la primera. Resulta, pues, que para Nilsson las *Megálai Theaí* son dos divinidades de la fertilidad, que se asemejan a Artemis, la *potnia therón*, y que frecuentemente aparecen en conexión con manantiales, y por tanto, con el dios que los hace brotar, Posidón. De esta forma elude el problema de la relación en que se encuentra Demeter con la "otra diosa" que constituye la pareja. Stiglitz, por el contrario, considera que asociar a las *Grandes Diosas* con la pareja Demeter-Kore significa desplazar la cuestión, y consiguientemente, hacerse un falso planteamiento de ella. En realidad, las *Grandes Diosas* son divinidades protectoras de Megalópolis, mientras que, por otro lado, la posición que Demeter ocupa en Arcadia con relación a diosas epicóricas es secundario. En comparación con Artemis, Atena y Afrodita, Demeter en las tradiciones locales de Arcadia no aparece como una divinidad genuina y originaria. Pero, además, las *Grandes Diosas* de Megalópolis son una pareja de diosas que, aunque Pausanias (cf. IX, 31, I) las

identifica con Demeter y Kore, no obstante, los arcadios a la supuesta Kore la llaman Soteira. Y, por otro lado, en Andania de Mesenia existe también un culto a las *Grandes Diosas*, y según Pausanias (cf. VI, 33, 4-5), Kore recibe en esa localidad el sobrenombre de Hagné. Así pues, se justifica la opinión de Stiglitz, según la cual Demeter asumió los rasgos esenciales de una divinidad primitiva que pasó a ocupar el puesto de Kore en la pareja; y esto, tal vez, debido a que el propio nombre de Demeter sugería una relación madre-hija. Así se explica que en Licosura se mantenga en el anonimato una divinidad femenina, Déspoina, que en Megalópolis, quizá, ocupó el lugar de Kore, hija de Demeter. No puede, pues, probarse que en Arcadia haya existido desde antiguo una relación de madre e hija entre dos divinidades femeninas del tipo Demeter-Kore.

El trabajo de Stiglitz es valioso por cuanto significa un replanteamiento del problema de las *Megálai Theái* en Arcadia, provisto de abundante documentación y resuelto rigurosamente.

ANTONIO LÓPEZ EIRE

LÉZINE, Alexandre: *Carthage. Utique. Etudes d'Architecture et d'urbanisme*. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique. Paris 1968. 202 págs. y 125 fotografías.

Se recogen en esta obra una serie de trabajos del autor alrededor de problemas arquitectónicos y urbanísticos de la antigüedad del actual reino de Túnez. La larga experiencia de Mr. Lézine y su dedicación a estudios de este tipo, no sólo por lo que respecta al mundo romano-púnico sino también islámico, junto a la meticulosidad de que hace gala en su recogida e interpretación de materiales, dispensa de establecer un juicio crítico de esta obra.

Propiamente la mayor parte del contenido del libro se centra en dos temas, el estudio de las termas de Antonino en Cartago y la problemática de la ciudad de Utica, que se completan con una serie de pequeñas notas sobre temas de arquitectura y urbanismo en la región tunecina.

Las grandes termas de Antonino en Cartago comienzan a ser conocidas en el siglo pasado, aunque las excavaciones sistemáticas comenzaron sólo después de la II guerra mundial bajo la dirección de Mr. Piccard que dieron por resultado descubrimientos importantes, tanto de elementos propiamente arquitectónicos como de un gran número de inscripciones, estatuas y mosaicos. Su importancia radica esencialmente en que se trata de las únicas termas verdaderamente monumentales que se encuentran en Africa, comparables a los establecimientos semejantes de la propia Roma. Construidas en la 2.^a mitad del siglo II d. C., en el curso del mismo siglo se dio término a su decoración y fueron restauradas al comienzo del penúltimo decenio del siglo IV.

El trabajo arqueológico llevado a cabo por el autor es ingente. Se trata de una sistematización, rigurosamente planteada y exhaustivamente llevada a cabo, en la que se combinan de manera perfecta el análisis de los materiales y la utilización de la bibliografía dispersa sobre datos ya publicados. La descripción, sin embargo, de las diferentes partes del monumento hubiera quedado incompleta sin una documentación gráfica suficiente que diera idea del contenido de la obra. Mr. Lézine no ha descuidado este punto. A lo largo de los 40 dibujos de planos, claros y exactos, generales y particulares de la obra, cornisas, frisos, capiteles y columnas, elementos arquitectónicos y mosaicos, presenta una panorámica completa y exacta del edificio.

El estudio no se reduce a la simple erudición de recogida y clasificación de materiales. Apoyado en los restos mudos monumentales y en la serie de inscripciones halladas, procede al final del trabajo a una reconstrucción de la historia de las termas desde su construcción en 145 d. C. hasta la destrucción en el primer cuarto del siglo V, conclusión esta última original

sobre la tradición que la había atribuido a las invasiones de los vándalos. Al mismo tiempo da al traste con la vieja teoría según la cual la planificación de las termas romanas estaba condicionada por el clima de las regiones donde se construían estos establecimientos. Queda bien patente que estas termas responden a las reglas generales y bien definidas que regían las operaciones del baño sobre toda la extensión del mundo romano.

El segundo trabajo que se inserta en la obra, es el resultado de las excavaciones del autor como encargado de la Misión arqueológica francesa en Túnez en la ciudad de Utica, en la que se limita a los aspectos propiamente de arquitectura y urbanística, que divide en cinco capítulos dedicados a la gran avenida de los pórticos, a los sectores al norte y sur de dicha avenida, a los santuarios y a las grandes termas. El procedimiento es semejante al anterior, aunque naturalmente trazado en líneas más amplias de acuerdo con lo ingente del material que es también desarrollado en una serie de planos que permiten recibir una visión exacta de los puntos tratados. El estudio se cierra con una reconstrucción del aspecto de las ciudad y de su desenvolvimiento a través de la historia, desde los primeros asentamientos humanos en prehistoria hasta el momento en que llega a ser la capital de la provincia romana de Africa en la mitad del siglo II a. C. y los cambios que esta nueva dignidad representan para el urbanismo, el desarrollo a través del Imperio y su lenta agonía durante el siglo VI. Es importante sobre todo la conclusión de que el cambio de la capitalidad a Cartago no representó un decaimiento de la ciudad como hasta ahora se había sostenido, y que se demuestra por la extraordinaria riqueza de Utica durante el siglo II d. C.

Completan el libro una serie de notas de arquitectura y urbanismo sobre capiteles jónicos sin ábaco de los que existen numerosos ejemplares en Túnez; la basílica llamada "de los jóvenes" de Mactar; el "palacio" de Byrsa en Cartago que restituye en su plano; una cruz en relieve hallada en un bloque de piedra en la rotonda de Cartago; unas notas sobre el polemizado carácter del monumento tunecino de Kbour Klib en el que se ha querido reconocer un mausoleo, trofeo o un altar como el de Pérgamo, y, por último, unas líneas sobre el interesante diseño de una villa púnica encontrada en una tumba del siglo IV a. C.

La abundancia de dibujos y planos a la que nos hemos referido se completa con la inclusión, fuera de texto, de 125 magníficas fotografías del autor sobre las excavaciones y restos arquitectónicos y decorativos de los monumentos tratados.

J. M. ROLDÁN

GÓMEZ-TABANERA, J. M. et alii: *El folklore español*. Instituto Español de Antropología Aplicada. Madrid 1968. 455 págs. y 80 láms. fuera de texto.

El folklore. Con este término que creara en el pasado siglo W. Thoms se resume la quintaescencia de un pueblo, las hondas raíces ancestrales, coloristas y siempre subyugantes del alma colectiva, sabia e ingenua, alegre y dramática, pagana y religiosa; pero si a este término le unimos el determinante de "español" la gama de matices que aflora se hace infinita.

No poseíamos un buen libro sobre el folklore español. Los que nos interesábamos, o mejor aún, nos sentíamos cautivados por su conocimiento, debíamos recurrir al artículo periódico, a sus manifestaciones por separado, ya fuera el librito del inolvidable Demófilo sobre cantes populares andaluces o la labor realizada por el musicólogo M. García Matos en su afán por recuperar y perpetuar la música popular española o bien los artículos incluidos en revistas especializadas.

Ha sido el inquieto espíritu del director del Instituto Español de Antropología Aplicada el que, como en su anterior éxito editorial, "Las raíces de España", reuniera a un plantel

de los mejores especialistas en los diversos campos del tema y diera así la posibilidad de formar una obra que no quiere ser un tratado, ni tiene por qué serlo, pero que proporciona una visión panorámica completa, no por más amena menos profunda, de los más importantes aspectos del espíritu popular español.

La obra se hacía además urgente en la perpetuación de artes, modos y costumbres que, de una parte la desidia y de otra la consciente voluntad destructora, llevaban camino de hacer desaparecer sin dar siquiera tiempo a recoger su agonía. Es al mismo tiempo una llamada de auxilio la que lanza "El Folklore Español", uno de cuyos principales objetivos debiera ser el despertar en la conciencia del interesado en la cultura popular, una inquietud de rescate por estas formas que tan ricos nos hacen como pueblo. El simple curioso, el viajero que desee vivir o profundizar en algo más que en el tópico y organizado seudofolklore tendrá en esta obra una guía y una certera visión, donde la amenidad se armoniza con el rigorismo científico, de los muchos aspectos unos olvidados casi, otros a punto de desaparecer y muchos vivos de las innumerables facetas del pueblo español.

Abre la serie de temas de la obra un trabajo del Director del Instituto y editor, Gómez-Tabanera, con una apología, introducción e historiografía de los estudios etnológicos y de folklore en España. A él se deben también otros cuatro estudios que aparecen a lo largo de la obra a cual más interesante. En el primero de ellos, sobre el curso de la vida humana en el folklore español, se analiza la serie de prácticas ceremoniales, de curiosas o extrañas costumbres en relación con las etapas principales de la vida humana: los ritos prenatales, los de alumbramiento y bautismo, los nupciales y los funerarios en los que la religión se mezcla a las supersticiones, la magia a la medicina. En el segundo lleva a cabo una docta disertación sobre los orígenes de las fiestas taurinas en los que ve una mezcla de elementos importados del culto-taurino cretense con ideales megalíticos en relación con un mito ctónico-solar. Otro, sobre las fiestas populares y festejos tradicionales, en los que se funde la devoción religiosa a ancestrales cultos y mitos, como la aguda contraposición entre la honda religiosidad de la celebración del Corpus Christi o las ideas que inspiran el ciclo de fiestas de San Juan con sus hogueras y fuegos remontándose a la Prehistoria. Para Gómez-Tabanera estas fiestas cíclicas tienen una clara correspondencia entre tránsito estacional del año en la pervivencia del antiguo mito del eterno retorno por lo que las divide en siete ciclos en los que sugestivamente coincide un punto importante estacional del año con fiestas religiosas que han encauzado viejos ritos paganos. El último estudio que sirve de broche a la obra está dedicado a nuestro sin par refranero, condensación del saber popular del Viejo Mundo en el que se mezcla socarronería, resignación, agudeza, filosofía... Gómez-Tabanera traza una historiografía de sus recopiladores y da una breve aunque sabrosa antología, bajo los apartados de refranes referentes a la moral; al tiempo, calendario y agricultura y al hombre ante la vida.

El Prof. Gratiano Nieto hasta hace poco tiempo Director General de Bellas Artes, que en la gestión de su cargo tanto interés puso en la salvaguarda de nuestro patrimonio etnológico y artístico, desarrolla el tema de la casa tradicional de la Península Ibérica con sus tipos tan diversos en consonancia con la variedad no sólo paisajista del suelo sino etnológica, histórica, cultural y económica de los habitantes que lo pueblan. El Prof. Nieto analiza los orígenes y relaciones de la casa popular, sus tipos fundamentales en relación con el clima y lanza una llamada de atención hacia la conservación y cuidado de nuestra rica arquitectura popular.

La pluma siempre amena y llena de interés de uno de nuestros más importantes etnólogos, Caro Baroja, bajo el título "Modos de vivir hispánicos" diserta, según sus palabras, sobre los "modos de vivir que se atribuyen a los españoles y de los que éstos se atribuyen a sí mismos", en el que hace un agudo comentario, lleno de sugestivos puntos de vista, a una rara obra del siglo XVII, el "Libro de las cinco excelencias del español que despueblan a España para su mayor potencia y dilatación" del monje Fray Benito Peñalosa.

D. Antonio Castillo de Lucas toma la tarea de analizar la medicina popular española con su mescolanza extraña de supersticiones, religión, magia y remedios naturales que son estudiados separadamente en sus interesantes manifestaciones, mientras el padre Gabriel Llompart profundiza en la religiosidad popular inmersa en las manifestaciones del folklore español, ya sean procesiones que alcanzan su culmen en la Semana Santa, santos populares definidos en confianzudos versos por el pueblo, o refranes en los que el campesino se abandona en las manos del Creador.

La riqueza y variedad del traje regional español es el tema de Nieves de Hoyos, y por su parte la autorizada pluma del Marqués de Lozoya da un breve recorrido a las manifestaciones artísticas populares españolas.

Es sin duda la música una de las manifestaciones más arraigadas del folklore y una de las más bellas. Y a su estudio se consagran los artículos del musicólogo Arcadio de Larrea que analiza diversos aspectos de la música popular en sus fuentes de inspiración en la religión, en el trabajo y el esparcimiento, terminando con una angustiosa llamada sobre la pasividad que amenaza con enterrar en el olvido uno de las mejores muestras de nuestro folklore, y de Teresa Martínez de la Peña que nos habla de las múltiples danzas de nuestra geografía: del *aurrescu* vasco al *verdial* malagueño; del salmantino *baile de rosca* a la *jota* aragonesa o valenciana sin olvidar nuestras islas con el típico *bolero* mallorquín o la dulce *folía* canaria.

De nuevo interviene Arcadio de Larrea para dar un panorama del teatro popular español hasta cierto punto olvidado y de tan gran interés, y, por último, José Gella y Gervasio Manrique tratan respectivamente sobre el folklore y las tradiciones de dos tipos bien definidos populares, de hondas raíces en la vida social y económica española: el pueblo marinero y los pastores de la Meseta.

Ocho decenas de fotografías ilustran la obra. Ellas solas constituyen ya de por sí una valiosa antología por su belleza plástica, su curiosidad o el profundo interés humano, como la del paso del pastor con su rebaño por un pueblo de la meseta, el lanzamiento propiciatorio de huevos a una pareja de contrayentes en un pueblo manchego o la saeta cantada ante el Cristo de los Gitanos en Lebrija.

Nuestra sincera felicitación al Director y colaboradores de esta gran obra que marca un jalón importante en los estudios etnográficos sobre España.

J. M. ROLDÁN

MONTENEGRO, Angel: *El Imperio Hitita*. Panoramas de la Historia Universal n.º 2. Editorial Moretón. Bilbao 1967. 252 págs. y 14 láms. fuera de texto.

Con retraso evidente traemos a las páginas bibliográficas de ZEPHYRUS el librito del Prof. Montenegro dedicado al pueblo hitita, dentro de la colección de manuales divulgadores de Historia Universal publicados por Editorial Moretón bajo la dirección del Prof. Dr. D. Luis Suárez. Pero este retraso, imputable a las dificultades que se ve obligada a vencer la confección de una revista especializada, no nos exime de dedicar unas líneas al comentario de esta obra valiosa por muchos aspectos.

Es ya tópica la penuria con que cuenta nuestra patria de manuales especializados de Historia abiertos a un grupo mayor que el de aquellos otros trabajos de especialistas para especialistas y restringidos por ello a un número muy pequeño de lectores. Al mismo tiempo la enseñanza universitaria también se resiente de esta misma escasez, ya que obras de este tipo extranjeras son difíciles de conseguir y muchas veces están planteadas o con excesiva profundidad o únicamente tocan aspectos parciales ya desde el punto de vista político, cultural o espiritual.

El Prof. Montenegro, catedrático de Historia Antigua de la Universidad de Valladolid, al elegir como tema éste de los hititas ha llenado pues un vacío en las necesidades editoriales españolas con respecto a manuales de Historia Antigua claros, completos y puestos al día.

La bibliografía que podría ser citada sobre otras culturas del mundo antiguo en idioma español sería abundante. La tradición historiográfica influye en la especial dedicación a temas más conocidos o más brillantes como pueden ser los de las culturas egipcia, mesopotámica, cretense o del mundo greco-romano. El que tratara de familiarizarse sin embargo con la indudablemente importante cultura de Anatolia sólo disponía, hasta la fecha de publicación de la presente obra, del libro divulgador de Ceram, hecho desde un punto de vista excesivamente arqueológico o de la obra de Delaporte, ya muy atrasada.

El fin que el autor se ha propuesto pues, al emprender el estudio del tema, según sus propias palabras, ha sido el de dar "un fiel y sencillo exponente de los progresos que en torno al mundo hitita se han venido produciendo a ritmo acelerado durante los últimos años, y una síntesis histórica que sirva para difundir la visión actual de los especialistas sobre aquella gran realización política y cultural que supuso el Imperio Hitita". El fin ha quedado cubierto e incluso se ha superado, puesto que por las páginas del libro desfila en sus avatares políticos, en sus relaciones internacionales que los llevaron a parangonarse en cierto momento de su historia con los egipcios, en las imponentes ruinas de sus ciudades fortificadas, de sus extraños santuarios rupestres, en las conquistas espirituales y culturales, el primer pueblo indoeuropeo que entra en la Historia estableciéndose en la Meseta de Anatolia, en torno al río Halys.

El plan de la obra no olvida por tanto ningún aspecto de la multiforme variedad que forma la cultura de un pueblo. Una primera parte encuadra geográficamente el escenario sobre el que más tarde se desenvolvería; la fantástica y apasionante búsqueda de los documentos que hoy constituyen uno de los materiales más importantes para el estudio del indoeuropeo (las tablillas de Boghazköy); el nacimiento de la hititología con bases tan sólidas como las de otras ciencias orientales; los geniales descubrimientos lingüísticos de Hrozný y el estado actual de estos estudios lingüísticos y arqueológicos.

Tras una preliminar ojeada a la Prehistoria y Protohistoria de Anatolia constituye la parte central de la obra el desarrollo histórico del pueblo hitita desde su expansión por la Península durante el llamado Imperio Antiguo en los siglos XVIII-XVI afianzándose en ella, la creación y robustecimiento del Imperio con Subiluliuma y su apogeo con Hattusil III que llega a firmar un tratado de alianza con el faraón Ramsés II, hasta su hundimiento fulminante en que se ve implicada también la costera Troya debido a la invasión de los Pueblos del Mar en los primeros decenios del siglo XII. En un capítulo aparte se estudia la civilización del Imperio con sus documentos jurídicos de derecho público e internacional, la vida religiosa, social y económica, sus creaciones espirituales en el campo del arte y de la literatura. Finalmente no falta en el libro una rápida ojeada a los aún misteriosos reinos neohititas que se desarrollan precariamente desde la caída del Imperio hasta comienzos del siglo VII en que son definitivamente absorbidos por el Imperio Asirio.

Una lista cronológica de reyes hititas y la inclusión de dibujos y láminas completan la obra en la que hay que señalar también el agradable formato y una cuidadísima impresión. El Prof. Montenegro ha prestado con ella un buen servicio a la divulgación de la Historia Antigua en nuestro país.

TRENDALL, A. D.: *The Red-figured Vases of Lucania, Campania, and Sicily*. Oxford: Clarendon Press, 1967. 2 vols. 812 págs. y 256 láms.

Sólo será posible dar una panorámica de la cerámica griega en la Magna Grecia cuando, de la labor paciente de investigadores en un lento recopilar, se llegue a conocer las más importantes personalidades que la han impulsado y las directrices que han impuesto, como cabezas de escuela, sobre un amplio número de artistas.

Se trata de una labor ingrata por la necesidad de recoger con toda la meticulosidad posible la gran serie de obras que se encuentran dispersas por los museos de Europa y América, proceder a una clasificación por estilos y tratar de adscribirlos a uno u otro artista.

La cerámica griega en Italia y Sicilia se presenta como una de las más interesantes manifestaciones no ya sólo de la vida artística griega, sino como un elemento muy característico para estudiar las relaciones económicas de estas ciudades con sus respectivas metrópolis y la expansión general del comercio griego por todo el ámbito del Mediterráneo. Ofrecen al mismo tiempo unos documentos inestimables en relación con la vida social y espiritual, al presentarnos los distintos gustos y directrices en los que, en cada época, se mueve el espíritu griego. Es bien conocido, por ejemplo, como Aस्ताeas de Paestum produce en sus vasos representaciones de escenas teatrales en las que aparecen escenas burlescas con los lances amorosos del propio Zeus que nos muestra el nuevo espíritu descreído de la segunda mitad del s. IV, o el interés de estos vasos como información de la vida diaria de los griegos.

Aclimatada desde Atenas, alrededor de la mitad del siglo V, esta cerámica de figuras rojas prendió rápidamente en los centros culturales de Italia y, partiendo de maestros oriundos de la propia Grecia, pronto encontró artistas autóctonos que implantan su propio estilo y sus especiales direcciones.

La monumental obra que nos presenta ahora Trendall ha asumido esta dura, pero necesaria tarea, de recopilación de un ingente número de vasos italianos y sicilianos esparcidos por los museos y los ha elaborado de acuerdo con puntos de vista estilísticos en una estructuración clara y sencilla.

El autor divide el trabajo en tres libros en los que inserta bajo la triple división geográfica de Campania, Lucania y Sicilia, las obras reunidas. Cada libro va precedido de una sabrosa introducción sobre estilos, temas y cronología tras la que acomete la empresa de clasificación según los principales maestros, precedidos de un análisis estilístico de sus obras, discusión y referencias a su posible cronología y su conexión con otras obras y artistas contemporáneos, adscribiéndoles la serie de pequeños artistas y artesanos que siguen sus directrices.

Las cifras pueden dar idea de la magnitud de la empresa. El autor ha reunido alrededor de 4.500 vasos y ha procurado hasta el mayor grado posible adscribirlos a artistas individuales o a grupos y talleres restringidos. Cada obra en particular, dentro del pintor y escuela, está precisamente catalogada con la mención de la forma, museo donde se encuentra conservada, dimensiones, estado de conservación si procede y descripción de las figuras. En los casos necesarios da referencias bibliográficas y conexiones estilísticas con otras obras.

De esta ingente cantidad de vasos ofrece en un segundo tomo la reproducción de más de un millar de ellos con lo que la obra se completa y se hace más valiosa no sólo como punto necesario de partida para ulteriores investigaciones, sino como un apreciable elemento de trabajo en relación con los amplios e interesantes campos en los que se polariza el estudio y conocimiento de la cerámica helénica.

J. M. ROLDÁN

Estudios de economía antigua de la Península Ibérica. Ponencias presentadas a la I.^a Reunión de Historia de la economía antigua de la Península Ibérica, publicadas bajo la dirección de M. Tarradell. Ed. Vicens-Vives, 1.^a edición, 1968, 370 pp.

Recién comenzado el año 69 llega a nuestras manos el presente volumen que ve la luz con tres años de retraso, tras vencer serios obstáculos de edición afortunadamente resueltos por la editorial Vicens-Vives. Se trata de once ponencias dedicadas a la exposición y estudio de los problemas esenciales que comporta una historia económica antigua de la península ibérica. La personalidad de los especialistas que han colaborado en este symposium garantiza suficientemente la calidad de cada uno de los temas considerados, en donde prehistoriadores, arqueólogos e historiadores de la Antigüedad se dieron cita para dar impulso a esta nueva orientación económica de la vida antigua. Gracias a ellos ha sido posible el que en la actualidad disfrutemos de una base fundamental como punto de partida para futuros estudios sobre el particular.

Enorme es pues el mérito, justo es subrayarlo, de haber emprendido una tarea tan urgente como era la del análisis de la situación económica en la Historia de la España antigua. Faltas la Historiografía y la Arqueología de este nuevo enfoque científico, que ha empezado a dar sus frutos hace poco menos de medio siglo, se hacía precisa una obra como la presente. Pero, como justamente expone el prof. Tarradell en la introducción, la labor no supone más que un inicio y no pretende ser sino un ensayo que intenta plantear la problemática de conjunto y aportar el estado actual del conocimiento sobre cada una de las épocas. La diversidad de los estudios no permite ni siquiera reseñarlos brevemente por separado, como hubiera sido nuestra intención. No obstante, y por su carácter de ensayo, de inicio, es conveniente ofrecer al lector una visión global.

La aportación de Caro Baroja (Sobre el estudio económico de la España antigua) actúa como guía para todo trabajo sobre este tema, sugiriendo una metodología y resaltando las líneas de máximo interés. A continuación, y siguiendo una estructura cronológica, se procede al examen económico de las distintas épocas. De este modo, Pericot (La vida económica de España durante el Paleolítico superior), Arribas (Las bases económicas del Neolítico al Bronce) y Maluquer de Motes (Panorama económico de la primera Edad del Hierro) se encargan de la parte prehistórica.

M. Tarradell y G. Trias estudian la economía de la colonización fenicia y griega respectivamente. Ocupándose de los pueblos ibéricos se presentan las ponencias de Cuadrado (Corrientes comerciales de los pueblos ibéricos) y de Plá Ballester (Instrumentos de trabajo iberéricos en la región valenciana), a la que acompañan 41 excelentes reproducciones.

La Economía de los pueblos prerromanos del área no ibérica hasta la época de Augusto, es el tema que examina J. M. Blázquez. A. Balil recoge la Economía de la Hispania romana, siendo de gran interés la puntualización de la problemática sobre numerosos aspectos aún sin resolver. A. Beltrán (Economía monetaria de la España antigua) examina, a través de las monedas, las líneas generales de esta economía; se basa en las piezas griegas, púnicas e ibéricas desde la mitad del siglo V a de C. hasta el cambio de Era.

Anejo a este volumen debemos de comentar el tomo en donde se reúnen las comunicaciones al congreso (editado por el laboratorio de arqueología de la Universidad de Valencia, 1968, 137 pp.). Son breves aportaciones a determinados puntos concretos. W. Schüle y Roselló-Bordoy presentan temas de Prehistoria; Serra-Ràfols y Fletcher sobre la economía del pueblo ibero e industria del hierro; M. de Guadan y L. Villaronga, Mateu y Llopis y Llobregat sobre diferentes aspectos monetarios; G. Martín de Castillo sobre cerámicas finas en Epoca Imperial; Pascual nos habla de algunos aspectos del comercio antiguo según las ánforas, y M. Vigil y A. Barbero acerca de problemas sociales del N. de la península a fines del Imperio Romano.

En definitiva, y como ya hemos señalado anteriormente creemos que esta obra abrirá nuevos horizontes y señalará el comienzo de un nuevo auge para la interpretación histórica de la España antigua. Desde aquí hemos de agradecer también a todos los colaboradores el que nos hayan brindado la oportunidad de valorar su esfuerzo para que la investigación prosiga por estos cauces.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO

Altamira, cumbre del arte prehistórico. Instituto Español de Antropología Aplicada. Madrid 1968.

En conmemoración del centenario del descubrimiento de la cueva de Altamira, el Instituto Español de Antropología Aplicada reúne a los mejores especialistas de la materia con el propósito afortunado de señalar los rasgos más definitorios de tan célebre cueva. El resultado es este libro, ágil y ameno, en el que los diferentes autores nos van valorando el sorprendente fenómeno artístico de Altamira.

Inaugura esta publicación Tomás Maza Solano: "La sociedad montañesa de la segunda mitad del siglo XIX y la generación de Marcelino S. de Sautuola", donde se nos reconstruye el ambiente social y cultural del Santander del siglo pasado, las polifacéticas actividades de Sautuola, en un artículo en el que se ha sabido aprovechar todas las coordenadas históricas.

Miguel Angel García Guinea: "La caverna de Altamira y su significación científica en la historia del arte prehistórico", nos hace gala de su buen conocimiento de la cueva. Tras un breve apunte de las circunstancias de su descubrimiento, se nos resumen su arte e industrias líticas y oseas, y la enorme significación que tuvo y tiene para la compensación de la humanidad prehistórica.

F. Jordá Cerdá: "Las representaciones rupestres de Altamira y su posible cronología", en un artículo resumido, pero lleno de ideas originales y sugerentes, nos intenta situar cronológicamente las diversas representaciones de la cueva utilizando para ello todos los elementos del buen método prehistórico: las industrias de los diferentes niveles, las técnicas, estilos y superposiciones de las representaciones, y los paralelos que puedan existir con otras manifestaciones de la industria y arte Franco-Cantábrico. Tras un resumido análisis de estos tres elementos, concluye aduciendo la cronología de los motivos pictóricos utilizando su conocida periodización del arte paleolítico.

José Camón Aznar: "Altamira y su mensaje estético: en torno a una teoría del arte prehistórico", nos expone, con demasiada unilateralidad para ser una teoría, el nacimiento del arte como magia propiciatoria, su personal periodización de las fases del arte prehistórico, y su evolución. Artículo "heterodoxo", como el A. acepta, en el que se encuentran atrevidas ideas quizás por no haber realizado un estudio verdaderamente pormenorizado de todo el contexto artístico cuaternario.

Antonio Beltrán Martínez: "El arte Cántabro-Aquitano y su proyección mundial en el ámbito prehistórico", hace una rápida, pero cumplida síntesis, de dicho arte en todos sus diversos aspectos: distribución, temática, evolución, cronología, donde se refiere a las tres tesis fundamentales: la de Breuil, Jordá y Leroi-Gourhan, y sobre la significación del arte donde el A. se muestra prudente.

Martín Almagro Basch: "Arte paleolítico hispano-aquitano y arte mesolítico levantino", nos resume la historia del nacimiento de la Prehistoria desde sus primeros balbuceos hasta el momento en que Sautuola revolucionó el saber de la época con su portentoso descubrimiento. En las páginas finales el A. nos historia la pintura levantina, y en una y otra manifestación artística nos va resumiendo las "vicisitudes teóricas que se fueron sucediendo.

José Manuel Gómez Tabanera: "El misterio de Altamira", nos hace gala de sus abundantes conocimientos sobre la bibliografía etnográfica y arqueológica en un artículo en el que con pluma mordaz y ágil, rayana en el humorismo a veces, nos relata como nació, qué es, y cómo se fue desarrollando la Prehistoria. Dedicó especial atención en su trabajo al significado de su mensaje artístico exponiendo las teorías sobre la magia propiciatoria, el totemismo y las periodizaciones que Breuil, Jordá y Leroi-Gourhan han hecho. Es de éste último A. de quien Gómez Tabanera se ocupa con más detenimiento, resumiendo muy objetivamente sus puntos de vista a los que finalmente critica para acabar adoptando la mejor y más honrada postura: que todas explicaciones sobre el arte prehistórico son sólo interpretaciones desde un "aquí" que es muy arriesgado llevar al pasado paleolítico, que nadie podrá decirnos un día con certeza fuera de duda qué fue el arte cántabro-aquitano. Quizás el mejor camino sea el empleado por Leroi-Gouhan y Laming Emperaire: decirnos dónde, cómo y en relación con qué aparecen los diversos motivos rupestres. De esta forma, siendo más prudentes en las conclusiones, podremos obtener respuestas a muchas preguntas que ya se han formulado sobre el entorno del fenómeno artístico cuaternario, pero su íntimo significado seguirá siendo una maraña inextricable.

En suma un libro interesante, puesto al día, y al alcance de los especialistas como del gran público, al que sólo nos cabe reprochar una cierta falta de unificación que nos hubiera evitado la repetida exposición de la historia de Altamira y de la Prehistoria.

Sólo nos queda felicitar a J. M. Gómez Tabanera, Director del Instituto Español de Antropología Aplicada, por éste tipo de libros, que con "Las raíces de España", está editando dicho Instituto, y de cuya calidad no cabe duda al ser encargadas sus diversas partes a los mejores especialistas de la materia.

F. J. FORTEA

ROLDÁN HERVÁS, J. M.: *Repertorio de Epigrafía y Numismática latinas*. Seminario de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Salamanca, 1969, 316 págs. y XXIV láminas.

Desde hacía algún tiempo el estudioso de la Epigrafía y Numismática romanas venía echando en falta una obra que, recopilando de un modo sencillo y directo todos los elementos fundamentales constitutivos de ambas disciplinas, le proporcionase una sólida base práctica o un auxiliar competente de consulta. Hemos de congratularnos pues, porque, fruto de la labor docente del Dr. Roldán en estas materias, contamos ya con tan valioso medio. El libro, presentado con una magnífica impresión, contiene una clara distribución de epígrafes que facilita la comodidad de manejo y hace gustoso y atractivo el acudir a sus páginas. Como muy bien indica el título, sin embargo, no hay que esperar de esta obra un ejemplar que baste por sí mismo para la enseñanza; no se trata de un libro de texto, en el sentido en que solemos entenderlo, sino de un utilísimo manual eminentemente de tipo práctico en donde todo el sistema gráfico de la Epigrafía y Numismática romanas encuentra una sabia acogida por medio de una impecable estructuración.

Es fácil, de este modo, introducirse en los distintos alfabetos de escritura monumental y actuaria, divididos por épocas, en los cursivos de Pompeya y Alburnus Maior, en los signos epigráficos prelatinos de la Península Ibérica, y en los sistemas gráficos de nexos y signos utilizados para los múltiplos y divisores de la unidad monetaria. Las grafías empleadas para la designación del nombre romano están clasificadas por *praenomina*, *nomina* y *tribus*, y a continuación se especifican las signaturas para las funciones, cargos y honores del *cursus honorum* dentro de un triple esquema: carrera senatorial, carrera ecuestre y carreras inferiores. En este último apartado se incluye a los empleados de la administración, a los soldados y

suboficiales en los ejércitos de tierra y mar, a los ciudadanos de municipios y colonias, a las dignidades y funciones religiosas y civiles y a las dignidades de los colegios. Hasta aquí, por tanto, quedan satisfechas las necesidades que puedan plantearse al que acomete en sus comienzos la ciencia epigráfica.

A partir de este momento, la obra del Prof. Roldán entra de lleno en las funciones propias del investigador, precisamente a quien más beneficios, creemos, ha de suministrar el presente *Repertorio*. Los emperadores romanos y los miembros de la familia imperial los hallamos encuadrados mediante dos listas, la primera de ellas cronológica, con la inserción de los epítetos respectivos de cada Imperator y las magistraturas, junto con el año, que disfrutaron; la segunda de ellas por orden alfabético. A nadie se le oculta el enorme interés que encierran estas dos listas, acrecentado más aún por las tres secciones en donde se colaciona a los emperadores y miembros de la familia imperial que recibieron el título de *divus* (*diva*), y los emperadores que sufrieron *damnatio memoriae*. Lo mismo podemos añadir con respecto a las listas que el autor nos ofrece de los cónsules romanos, clasificados cronológica y alfabéticamente, desde el 280 a. C. hasta el 541 d. C.

Un brillante colofón de la parte dedicada a la Epigrafía lo constituye el léxico de siglas y abreviaturas de inscripciones y el capítulo de experimentación práctica, consistente en una selección de inscripciones latinas, adecuadamente transcritas por sectores, que ejemplifican los diversos apartados de la obra: inscripciones relativas al nombre romano, a títulos, cargos y honores, inscripciones monumentales y funerarias, *Acta publica*, *Instrumenta*, etc.... Como complemento los *Exempla scripturae epigraphicae* y las reproducciones fotográficas —láminas de excelente presentación— de diferentes lápidas.

La Numismática romana aparece tratada de un modo claro y esquemático. Se brindan al lector las leyendas, nexos y anagramas de las monedas republicanas, y a continuación se citan las leyendas y reversos de las monedas imperiales, estos últimos señalando los símbolos con que son representados los dioses, semidioses y héroes, y las representaciones alegóricas que en tales figuran. Completan la sección numismática nueve láminas con reproducciones monetales, anverso y reverso, de diferentes períodos.

Es así, pues, cómo una obra concebida con fines docentes, se convierte en un medio auxiliar de trabajo indispensable para todo filólogo, arqueólogo o historiador del mundo romano. Por otra parte, sentimos que el autor no haya dedicado un apartado a la epigrafía y numismática romanas de Hispania, de gran utilidad para múltiples aspectos de la romanización. No nos resta sino desear que este libro redunde en beneficio de una mayor atención a estas dos ciencias por parte de las nuevas generaciones, y contribuya con su contenido a lograr el máximo de *acribeia* científica entre nuestros investigadores.

F. J. FERNÁNDEZ NIETO